

Pronto para impresión

Ercole Lissardi

EL INNOBLE

Ahora puedo repensar mi vida, alejándome de idealizaciones y de olvidos.

Me casé para no terminar cediendo a quién sabe qué. Literalmente: no sabía a qué. Ahora sé. Y casarme dio resultado. Mi responsabilidad primera es para con mi familia. Mis hijos son la luz de mis ojos. En nada incurriría que debilitara la imagen que tienen de mí. Durante todos estos años la bestia que habita en mí ha permanecido aletargada gracias a la acción combinada de mi marido –Raúl, que si no es generoso por lo menos es puntual-, de mis ratos a solas cuando la perturbación deviene insoportable –ratos casi imposibles dado mi pluriempleo como empleada pública, madre y cónyuge-, y de la rutina, dolorosamente adquirida, de ducharme con agua fría por la mañana en los días álgidos de mi imaginación.

La alternativa hubiera sido recurrir a profesionales, asunto en el que mis modestas economías me hubieran condenado a una dieta de hambre -de contar con los medios hubiera abusado seguramente de esa alternativa. ¿Con qué combustible he alimentado los fuegos fatuos de mis ratos a solas? De putañera me hubiera recibido con honores. Y no es que me haga gracia decirlo, más bien como que me repugna. Pero es la verdad. He echado mano sin inhibición alguna a todos los colores de la paleta, mi imaginación se ha zambullido sin reparo alguno en las heladas aguas de la ignominia más extrema: no ha habido fulano conocido o desconocido del que no se sirviera, ni ha habido situación pública o privada en que no exhibiera la voracidad de mi deseo de darme, sin límite alguno de pudor o de dolor.

Cualquier fulano me servía con tal de que pudiera imaginármelo en plan bestia libidinosa, o, para ser más precisa, que pudiera imaginármelo usándome, sin la menor consideración para con mi satisfacción. La multitud inagotable de fulanos empalmados que me cubrían y trabajaban mis orificios hasta descargarse en mí, dejándome librada a las torpezas de mis manos, comprendí pronto que no eran en realidad nadie, ninguno, y que todo aquel pasar revista al catálogo infinito de machos involuntariamente lúbricos no era sino buscar irremediable, incansablemente a uno, al Único que no fuera nadie ni ninguno. Conclusión que no me servía de nada, dada la imposibilidad de inyectarle algún nivel de realidad, y que me dejaba con una sensación de insatisfacción inasible, de deseo dilapidado y de nostalgia de maravillas nunca vividas.

Bañada por dentro y por fuera en semen imaginario como en unas aguas lustrales esperaba yo que al fin se manifestara Aquel a la medida del cual estaba hecha mi ansia

infinita. Recuerdo que una vez, fuera de mí –lo cual fue excepcional, porque el cuidado que tengo con el sagrado ámbito de mi familia no conoce distracciones-, fuera de mí, decía, en medio de la cópula le pedí a Raúl que descargara sobre mis pechos. Cuando estuvo a punto, ceñudo porque lo hacía a disgusto, angelito de Dios, la sacó y se la meneó a centímetros de mis pezones. Yo esperaba loca de ilusión la lluvia blanca, como si aquel bautismo fuera a liberarme por fin de aquello oscuro en mí que tanto me atormentaba. Pero por más que hizo no pudo acabar. Es que en realidad no quería hacerlo.

-No puedo hacerte eso -me dijo después-. Si te lo hiciera me moriría de vergüenza.

Me alegré de no haberle pedido que me orinara la cara. Raúl era incapaz de moverme ni a un solo centímetro de distancia del nicho de pureza e ingenuidad en el que, para efectos de la construcción de nuestro mito conyugal, había yo permitido que me colocara. Esa noche supe que, más allá del funcionamiento armonioso del hogar, en lo más íntimo, en lo secreto, estábamos él y yo mucho más lejos de lo que yo imaginaba. En las antípodas, digamos. El régimen sexual que él era capaz de suscribir –al menos conmigo- era muy diferente de aquel al que yo ansiaba secretamente entregarme.

Esta con Raúl no había sido la primera vez en mi vida que había conocido la revelación de esta distancia, de este desajuste de imágenes en lo más íntimo de una relación. Antes de ennoviarme y casarme con Raúl tuve dos novios. A ambos, en la inocencia salvaje de mis primeras experiencias, les ofrecí, espontáneamente, la plenitud de mis deseos, sin tapujo alguno. Ambos disfrutaron de mis entusiasmos y de mis aquiescencias sin límites. Con menor o mayor talento ambos hicieron de mí lo que quisieron, que era precisamente lo que yo quería. Pero llegado el momento, cuando de puro escrupulosos les pareció que era hora de formalizar –a ellos les pareció, no a mí, que tenía claro que no éramos más que adolescentes, cachorros divirtiéndose-, ambos, con teatros más o menos similares, prefirieron romper el vínculo. Al segundo, furiosa, a bofetadas, le arranqué la confesión de los motivos que tenía para terminar con aquel Paraíso de desenfrenos que aparentemente disfrutaba tanto como yo: me aseguró, con esa certeza firme propia de los ignorantes, que una mujer como yo, tan zafada –tan puta no se animó a decir-, no está hecha para relaciones serias, de las que eventualmente llegan al matrimonio. Furiosa y humillada, pero debo de haberle creído su triste lección, porque con Raúl todo fue diferente. Medí las efusiones, le dejé al amo las iniciativas, la

determinación de la dieta y hasta la fijación de las rutinas de la coreografía copular. Fue entonces que empecé a consumir las imágenes de los hombres con los que me cruzaba, que empecé a pasar en secreto las páginas del catálogo de sus modos y maneras imaginarios de usarme, en busca de Aquel, del innoble perfecto, capaz de colmar mis desenfrenos.

.....

Es posible que haber escrito acerca de mi persona lo que antecede –especie de autoanálisis a manera de resumen de mi vida sexual- haya incidido en el curso de los acontecimientos. Lo escrito, negro sobre blanco, palabra tras palabras, se desprendió naturalmente del halo de ensoñación, de especulación, en que se había nutrido, y exigió ser considerado sin miramientos. Comoquiera que sea, por primera vez salió mi verdad del ámbito de mis juegos mentales y me exigió respuestas para la pregunta inevitable: ¿realmente no hay nada que pueda hacer para mitigar mi estado de miseria sexual sin dañar lo que más me importa en el mundo, que somos nosotros cuatro, mi familia? ¿Nada? Aunque no pudiera dar una respuesta concreta a esa pregunta, el hecho de estar cara a cara con ella, de tenerla dura y pura frente a mí, ya no envuelta en vaguedades, en delirios de renunciación, en presunciones de fatalidad ineludible, puso a mi sensibilidad, calculo, en tal nivel de exasperación que no había posibilidad de que lo que tenía que suceder no sucediera.

Puesto que voy a hablar de su mirada tengo que apresurarme a declarar que lo que quiera que fuese que vio en mí seguramente no lo vio –es decir: imagino que seguramente no lo vio- en mi aspecto exterior. Hace mucho tiempo que mi aspecto no responde a coquetería alguna, ni a deseo alguno de seducir a nadie. Me visto como una señora mayor aunque sólo tengo treinta y siete años, como una madre de familia, una matrona, o sea, de la manera más discreta y sin gracia imaginable. Fui llegando al uniforme de señora de su casa muy gradualmente, sin proponérmelo, como si fuera un proceso que comenzara razonable e inevitablemente una vez tenido el primer parto. No uso ropa vieja, ni barata, pero sí ropa cuyo único objetivo pareciera ser hacer de mí la mujer invisible, sin interés ni encanto. Porque la verdad es que he llegado a considerarme sin interés ni encanto, apta sólo para cumplir inobjetablemente con mi vida de rutinas apretadas. He llegado a considerar que mi uniforme de mujer invisible no es más que un sinceramiento.

No es que sea fea. No lo soy. De muchacha, cuando sonreía por cualquier cosa y era capaz de encontrarle la gracia a todo, más de una vez se me dijo, sin más, como quien concede una verdad, que soy hermosa, que soy bella. Es que es fácil reconocer en mis rasgos faciales el tipo clásico de la belleza mediterránea. O eso imagino. Los ojos separados y la frente amplia, la nariz rectilínea y la boca carnosa, la piel muy blanca y el pelo muy oscuro. Pero sobre todo veo –perdón, perdón por decirlo– que hay algo como de aristocrático en mi rostro, algo como de dignidad y de espiritualidad, de puro y armonioso, más allá de las marcas indefinibles de frustración y de tristeza que me ha ido sumando la vida. De cuerpo estoy un poco robusta, apenas. Tengo lo que hay que tener donde hay que tenerlo aunque no de manera provocativa. El ojo del conocedor no me pasa por alto. Cintura angosta, caderas amplias, tobillos fuertes, y un hermoso par de tetas. Tetas grandes y firmes, como para alimentar a ese par de semidioses que son mis niños. Todo el primer año sólo a teta vivieron mis cachorros. Raúl desvía la mirada cuando las tiene visibles al vestirnos o desvestirnos en el dormitorio. Yo creo que no las mira porque le da vergüenza el deseo de manoseármelas. Una vez, en esas circunstancias, insistí, acercándome y pidiéndole que me las tocara. Puso cara de consternación.

–¿Qué? –dijo-. ¿Te notaste alguna dureza?

Y no me las tocó. Como si le diera cosa. Pienso que durante la lactancia se le formó, como una especie de callo mental, la noción de que las tetas son algo sagrado, exclusivamente dedicado a la alimentación del bebé. Lo digo todo: prefiere cogerme con el camisón puesto. Explicitó esa preferencia. Durante un tiempo pensé que mis tetas tenían algo desagradable que yo, aún frente al espejo, no llegaba a ver. Quizá están muy separadas, quizá las areolas son muy grandes, o las venas muy visibles. Fue mi ginecóloga la que me devolvió la confianza. Le pregunté si veía algo raro, feo o desagradable en mis tetas. “No, muchacha” respondió. “Tenés unas tetas preciosas. Ya quisiera yo unas como las tuyas”.

Volviendo, pues, a su mirada: a saber entonces qué fue lo que vio en mí, más allá de mis atractivos más o menos perimidos y/o fuera de servicio, pero lo cierto es que algo vio. Se quedó parado allí, frente a mi escritorio, mirándome tranquilamente, como si estuviera en un museo y yo fuera algún tipo de pieza en exhibición. Nadie nos había presentado. Nadie tenía por qué haberlo hecho. Nada teníamos para hablar. Marilú

Rebollo, yo, no soy más que una funcionaria de tercera fila en el Departamento de Finanzas, y él está aquí para realizar Auditoría Externa, es, pues, personaje de nivel de Gerencia General, su hábitat es el piso sexto, no el cuarto, que es el mío. En el hervidero de chismes que son las oficinas, vernos platicando hubiera dado para abundante comidilla.

Parecía decidido no ya a dejarme claro que me miraba más de lo correcto –o sea, con intenciones- sino a ponerme francamente nerviosa. Me miraba como si a la fuerza debiera yo de darme por enterada de su interés, y como si debiera yo de responder a su exigencia, a su impertinencia, con algún signo de aquiescencia o de sumisión. Me ofusqué. Lo miré por encima de mis lentes de leer, con tanta severidad como me fue posible, pero vagamente consciente al hacerlo de que el fulano no era simplemente guapo, que algo más había en él. Algo incendiario, podría decir ahora, con la perspectiva de lo vivido, y sin dramatizar en absoluto. Volví a las planillas de gastos que estaba revisando yforcé mi postura hasta casi darle la espalda. En algún momento abandonó el acecho y desapareció.

Como dije, los hombres aún me miran. Por lo menos cuando no tienen a mano una mujer más joven y/o glamorosa a la que ofrecer el homenaje gratuito de su mirada. Pero hacía mucho tiempo –no recuerdo cuánto- que un hombre no me miraba con ánimo tan impertinente y tan provocador. Hubo una alarma general en mi entrepierna, y un fuerte cosquilleo. Toda yo quise más de eso, de esa invitación descarada a cosas que una mujer casada y madre sólo se permite –si se lo permiten- en el ámbito del débito conyugal. En casa me esperaba una versión particularmente intensa de la habitual rebelión del Martín, el menor de mis angelitos, contra la tarea escolar.

-Pero ¿por qué tengo que seguir trabajando en casa, si ya trabajé en la escuela? – objetaba, inobjetable.

Como a mí ya hace tiempo me convenció de lo ajustado de su objeción, lo ayudé, como de costumbre, más de lo razonable, para liberarlo cuanto antes. Mariano, el mayor –que tiene diez años, dos más que Martín-, nunca se rebeló contra los deberes. Lo cual no significa que esté exento de protestas.

-No entiendo por qué me pusieron Mariano, es casi un nombre de nena.

-Martina también es un nombre de nena.

-Pero es un nombre de nena que viene de un nombre de nene, en cambio el mío es un nombre de nene que viene de un nombre de nena. No es lo mismo.

Y así siguiendo. Sólo pude volver a pensar en el incidente con el primer ronquido de Raúl. Apagué la veladora y me aflojé, dispuesta a disfrutar de ese ratito cotidiano único en el cual estoy verdaderamente sola. Mis hombreitos duermen, las demandas de ninguno de ellos puede interrumpir las ensoñaciones que me conducirán directamente al sueño.

Entonces se me presentó, clarito, el recuerdo del fulano. Con la nitidez, digamos, de que es capaz una mente entrenada para recordar con total precisión, porque es en la papilla de los recuerdos que encuentra el insumo básico de sus desahogos. Tiene más de cuarenta años. No es esbelto ni parece ágil, sino más bien cuadradote y pesado. Quizá estuvo más gordo antes, porque la ropa le sobra un poco, le queda floja. No tiene canas, pero como que le falta un poco de pelo: tiene entradas profundas, quizá tiene pelada la coronilla, como de tonsura. Tiene las cejas perpetuamente arqueadas, como si estuviera haciendo un esfuerzo para que no se le cierren los ojos, esos ojos de mirada pícara y libidinosa como nunca vi. Sonríe con una sonrisa bobalicona. En conjunto parece como si acabara de levantarse de dormir la mona. A priori hubiera dicho que no es mi tipo de hombre. Y sin embargo... Lo imaginé volteándome sobre el escritorio, desnudando mis nalgas y clavándome el miembro, duro y nervudo. Sus manos fuertes como garras me inmovilizaban tomándome de los hombros, y su miembro, vicioso, se hinchaba y se hinchaba dentro de mí, pronto para estallar. En cámara lenta para no despertar a Raúl separé las piernas y me deslicé dentro dos dedos. Hambrientas, mis caderas avanzaron al encuentro de los intrusos. Me estremecí con tanta fuerza que durante unos compases se cortó el ronquido de Raúl. La onda cálida me cubrió. Completamente acabada, cuando el acompañamiento sonoro recomenzó, me masajeeé todo el canal para recoger cada gota de placer que hubiera quedado en larva. Antes de terminar la cosecha me quedé dormida.

.....

Me desperté exuberante, radiante, con el mejor humor, ignoré las escaramuzas y las haraganerías de mis retoños. No soy una ingenua: la exaltación energética en la que de pronto estaba era seguramente la que siente una mujer en la mediana edad cuando la

vida le regala un amante, aunque por el momento no hubiéramos intercambiado más que miradas. No era cualquier mañana aquella. Cosas podían pasar. Y pasaron.

Salimos todos juntos, como siempre. Primero dejamos a los niños en el Colegio, después yo quedo en la Contaduría y Raúl sigue a lo suyo. Subiendo en el ascensor me preguntaba a qué hora vendría a provocarme. Porque no dudaba de que vendría.

Él sabía que lo estaba esperando. Y yo sabía que él sabía. ¿Cómo podía el saber que lo estaba esperando? No lo sé –al fin y al cabo yo lo había mirado como con inquina. Pero él sabía, y yo sabía que él sabía. Por eso cuando por fin se dejó ver, recién a media tarde, nos miramos sin sorpresa. Casi divertidos, casi como festejando el haber sabido. Traía la misma máscara de gozador socarrón con la que me había seducido en la tibieza de mi lecho matrimonial. Aunque evidentemente no tenía manera de justificar su presencia en el Departamento se detuvo, apoyando un codo sobre un fichero frente a mi escritorio.

Mi escritorio está al fondo del gran recinto que alberga unos veinte escritorios como el mío. Detrás de mí está la pared, y la puerta al depósito de documentos. De mis compañeros a derecha e izquierda me separan unos metros y paredes de ficheros, y no nos vemos a menos que nos pongamos de pie. Él mira a un lado y luego al otro. Cualquiera diría que es un arquitecto meditando en cómo rediseñar nuestros espacios de trabajo. Después, habiendo constatado quizá que nadie le prestaba atención, se concentró en mi persona. Tuve el coraje, o la desfachatez, de recibir su mirada sin reparo alguno, como invitándolo a manifestarse. Hasta me saqué los lentes de trabajo para expresarle que contaba con toda mi atención. No podía sino deducir de mi actitud que me entregaba a sus manejos, sin atenuantes. Que sólo debía tener la gentileza de acercarse y recoger el botín.

Es cierto que hasta ese momento en que deposité mi mirada en la suya deponiendo toda resistencia, no creía en realidad que fuera a pasar algo. Flirteos de oficina, sin consecuencias, pensaba. Con eso me bastaría para mis fantaseos. ¿Fue falta de práctica, de experiencia, desconocimiento del pragmatismo sin escrúpulos con que se vive hoy la vida sexual? Sí, pero sobre todo fue no saber con quién me metía. Y más aún: no tomar conciencia del grado de desfachatez que se había apoderado de mi conducta. Como quiera que fuera, por primera vez en mi vida, no necesitaba darle demasiadas vueltas a la cosa: sabía que ese hombre estaba ahí dispuesto, o decidido, a tomarme, y que yo

estaba, consciente o inconscientemente, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para provocarlo.

Cerré la boca para no babearme. Sus cejas se arquearon un punto más, su sonrisa imbecil se acentuó, como para expresarme el placer con que recibía la ofrenda que le hacía de mí misma. O como si le complaciera haber sido el fantasma de mi paja de anoche. Porque él –y esto era lo esencial que me expresaba su sonrisa de bobo sabio- sabía todo, inclusive lo de anoche, y se hacía cargo de las consecuencias. ¿Cómo procedería? ¿Cómo recogería el tributo que, como era natural –esa era su actitud- se le ofrecía? Antes aún de que recorriera con su paso lento y pesado los pocos metros que lo separaban de mi escritorio la perturbación me ganó de cabo a rabo: las manos me sudaban, las rodillas se me aflojaron y se me agitó la respiración.

Su mirada de lúbrico impenitente, que en cualquier otro me hubiera causado disgusto, estoy segura, era el anzuelo del que ni intentaba zafarse mi mirada. Mirada la suya de serpiente que reptaba despacito, anillo por anillo, hacia su presa hipnotizada. Rodeó el escritorio y se me arrimó. Si realmente fuera una mujer honesta hubiera saltado y huido antes de que fuera tarde, pero precisamente porque soy una mujer honesta decidí quedarme y enfrentar lo que yo misma había decretado como inevitable. Como si fuera a ver algo en los papeles sobre mi mesa, se inclinó sobre mí, incluyéndome en su aura de aroma viril y narcótico. Débil disimulo, por cierto, pero que valió para que las fugaces miradas de mis compañeros de cautiverio laboral regresaran a sus asuntos. Entonces con voz de payaso libidinoso y fiestero, me canturreó al oído:

-Sorpresa –a la vez que apoyaba su erección contra mi brazo.

¿Qué no me pasó por la mente en ese momento? Escandalizarme. Me quedé quieta y callada, boquiabierta, incapaz de nada, invadida por una dulzura que me invitaba a la pasividad, al dejarme hacer, como si aquel miembro duro me inyectara en el brazo algún tipo de tóxico embriagador que barriera con cualquier objeción proveniente de la moral o de las buenas costumbres. Ya tendré tiempo de rescatarme de esta cosa abyecta, pensé, aletargada. Ahora es el momento de dejarme ir hasta donde este monstruo me quiera llevar.

Tenía miedo, por supuesto. Una mujer decente no se presta a exhibicionismos más propios de furcias o de adolescentes calenturientas. Si algún ocioso, de los que sobran

en las oficinas públicas, prestara atención y notara el frotamiento del bajo vientre del hombre contra mi brazo, iba a terminarse mi carrera administrativa. Como chisme sería explosivo, antológico. Me echarían, así mediara un expediente con años de engorde. También terminaría con mi matrimonio. La custodia de mis hijos iría a parar al padre. A menos que Raúl se apiadara de mí, cosa que podía pasar, aunque bien sabido es como cuánto de feroz puede devenir un cordero herido en su amor propio o en su buena fe, que viene a ser lo mismo. Cosas así pensaba yo mientras él, gruñendo suavemente de puro gusto, frotaba el miembro contra el brazo que yo abandonaba a su arbitrio, incapaz como era de objetar algo contra aquel tratamiento completamente fuera de lugar.

-No haga eso –le pedí con un susurro que en cualesquiera oídos sensatos sonaría más bien a ruego de que siguiera adelante.

Levanté una planilla como para mostrarle algo, disimulando en lo posible aquella charla fuera de protocolo. Porque ¿qué tenía yo, funcionaria de tercera, sin autorización expresa de la Dirección del Departamento, que hablar con quien nos auditaba? Nada, por supuesto. Pero él no dejaba de copular con mi brazo, especie de estupro público en el que la lentitud progresiva de los embates y la urgencia tensa de los mudos gruñidos y las sibilantes aspiraciones, anunciaban que el fulano no estaba lejos de alcanzar la meta. Giré la cabeza para mirarlo, asustada por la posibilidad de que, con el clímax, la situación se volviera caótica. Me sonrió con su sonrisa entre pavota y cínica, y sus ojitos de demente me preguntaron si iba a detenerlo justo ahora.

Aquello era ya realmente demasiado. Aun con la mejor voluntad de darme a él aquello, de aquella manera, era demasiado. Sobre todo porque la mente se me nublaba, y, como si estuviera recibiendo órdenes dementes de su mente, me daban ganas de desnudar al pétreo animalito que topaba contra mi hombro, pero subiendo de a poquitos, como si quisiera llegarme al hombro, y de allí a quién sabe dónde.

-No –susurré, entrando en pánico, y me paré, rompiendo el sortilegio.

Se cerró la chaqueta para disimular el bulto. Me miraba con cara de perrito callejero al que le han quitado su hueso. Tal sorpresa había en su mirada que daba lástima, daban ganas de conformarlo.

-¿No querés? –preguntó como si fuera a ponerse a llorar, o como si fuera a darle un patadón al escritorio.

Me puse a hacer como que ordenaba papeles y carpetas.

-No aquí –concedí, incapaz de decirle llanamente que no quería más de aquella tontería indecente.

-¿Por qué no? –insistió, como si mi actitud fuera realmente irracional-. Faltaba muy poquito...

Me quedé mirándolo, perpleja, sin saber qué decirle, a punto de preguntarle si estaba loco, si no veía la realidad, si no veía dónde estábamos, si creía que éramos invisibles. Y entonces, de pronto, con verdadero pánico, comprendí que me importaba un carajo si estaba loco de la cabeza. Yo quería de él –no era que yo le hiciera una concesión, sino que era lo que realmente yo quería- esa incontenencia erótica que lo había lanzado sobre mí como si fuéramos perros en un callejón. Yo quería abrirle el pantalón y tener en mi mano su verga, ya mismo, pasara lo que pasara. Y había una manera. En situaciones extremas las mujeres siempre sabemos qué hacer.

-Venga –le dije y arranqué hacia la puerta del archivo.

Sentí miradas curiosas sobre mi espalda durante los pocos metros que recorrimos hasta la puerta. Normalmente está sin llave y normalmente no hay nadie allí por la tarde. Encendí la luz y me hice a un lado para dejarlo pasar, con el gesto protocolar de quien está atendiendo a un visitante, a alguien que está cumpliendo funciones a nivel de Gerencia General. Al fin y al cabo mil razones legítimas podían llevarnos al archivo - ¡así de lábil es nuestra capacidad de argumentación cuando las papas queman! No cerré la puerta al pasar, la dejé entornada, diciéndome que nadie podía sospechar nada de algo hecho tan a la vista de todos.

De inmediato se abrió el pantalón y sacó la verga. Creo que yo esperaba que sacara una varita mágica, pero no sacó más que eso, su verga, una bella verga, proporcionada, esbelta, cabezona, de prepucio abundante y bellamente festoneado. Tomó mi mano y la puso encima. Soltó un gran suspiro cuando mis dedos rodearon el tallo, como si la protegieran de un peligro inminente. Tironeé suavemente del miembro. Se me hizo agua la boca.

-No –dijo poniendo su mano sobre la mía para frenar el tironeo-. Despacio. No puedo más –me urgió. Y después preguntó, como planteando un problema meramente

práctico, mientras miraba fijamente mi boca con la mirada amodorrada de un cocodrilo que está a punto de saltarle encima a un cervatillo:- ¿Dónde voy a acabar?

Nos quedamos mirándonos, como desconcertados por el problema. La expresión en su rostro era lamentable de tan artera: a medias suplicante, a medias urgida y preocupada. Quería, pero no quería decirlo. Quería -¿por qué, si no de puro vicioso?- que yo se lo ofreciera. Yo boqueaba, me babeaba de ganas, pero por más descare no era capaz de proponerle lisamente que me acabara en la boca. Entonces, con una sonrisa libidinosa, como si todo estuviera de todas maneras dicho, puso su mano sobre mi hombro y presionó suavemente indicándome que me agachara. Con la verga a la altura de mi boca recomencé el tironeo. La verga parecía estirarse en mi mano, apuntar más hacia arriba. Yo me estremecía, a punto del delirio. Desnudé completamente el glande. Demasiado bello, pensaba, demasiado hermoso. Con la mano en la nuca me urgió a completar la cópula. Con la verga ocupándome completamente la boca quedé como tarada. Mamaba, torpe como si estuviera borracha. Empecé a acabar. Me estremecía como si me pasara corriente eléctrica por el cuerpo. Entonces sentí como el semen se derramaba en mi garganta. Su mano firme sobre mi nuca me inmovilizaba mientras él me cogía la boca despacito. Tragué y tragué, y así hasta que no tuvo más espasmos. Una sola vez en mi vida había tragado semen. Con mi segundo novio. El pobre pendejo no lo soportó. Fue lo que llevó a la separación. Cómo puede ser que me haya privado toda la vida de esta delicia, de esta maravilla, pensaba terminando de mamarla. Es así que sucede, pensaba, una experiencia jodida al principio de la vida puede privarte para siempre de alguna de las maravillas posibles y al alcance de la mano.

Me paré. Nos acomodamos la ropa. Yo estaba como mareada. Me tomó de la barbilla y me miró a los ojos. Vio lo que sólo ven los que saben ver. Que estaba en las nubes, en la mera cresta de un orgasmo interminable. Me dio la vuelta y tomándome del cuello me apoyó contra una estantería. Metió la otra mano por debajo de la falda.

-Abrí –me dijo al oído.

Separé las piernas. Metió la mano por debajo de la bombacha y con toda la palma de la mano me cubrió la concha. Me derretí. Ahí estaba el orgasmo, todavía intacto, bailando en las puntas de sus dedos. Era una mano poderosa. Removí las caderas para frotarme contra su mano. La cerraba, estrujándome la concha entera. Inmovilizada por la mano pesada sobre mi cuello, todo lo que podía hacer era tratar de cogerme sus

dedos, que era justamente lo que él tenía previsto en mi menú. Dos de sus dedotes se hundieron humedad adentro excavándome como un animal furioso. No tuve tiempo de nada, me abrí cuanto pude y dejé que el orgasmo me llevara a donde fuera.

No había tiempo para degustar las postrimerías. Mi visita guiada al Archivo no podía durar un minuto más sin despertar sospechas, sin que alguien se asomara, con cualquier excusa. Me arreglé la ropa, lo miré por ver si estaba presentable. Lo estaba. Olía embelesado los dedos de la mano con que me había cogido. Después se los secó con un pañuelo. Abrí sin más la puerta. Había un par de chismosos atentos a nuestros movimientos pero incapaces de acercarse a por más data. Me hice a un lado para que el Auditor saliera. Apagué la luz y cerré la puerta. Le tendí la mano como dando final formal a su supuesta consulta. La tomó y sonrió con una sonrisa de libido satisfecha.

-Duilio Ferrán –dijo, suavecito.

Sonreí, y ahí, creo, por primera vez en todo aquel endemoniado encuentro, me ruboricé.

-Marilú Rebollo –respondí.

Para quien nos mirara sin saber leer los labios nos despedíamos amablemente luego de una instancia laboral.

-Un polvo maravilloso, Marilú –dijo.

-Sos una bestia –le dije sonriéndole protocolarmente. Y agregué, porque una mujer decente siempre prevé los inconvenientes-: No me busques a la salida porque me espera mi marido –y al decirlo no pude evitar un segundo golpe de rubor en mis mejillas.

-Espero que no te coja demasiado tu marido –dijo finalmente, obsequioso-. Mañana te quiero tan... hambrienta... como hoy.

Se fue entre los escritorios, las manos en los bolsillos y silbando bajito. Tan campante. Lanzando miradas de superioridad a quien se atreviera a mirarlo. Estuve toda la tarde atontada por la sensación de placidez y de beatitud. Duilio Ferrán, animal absurdo, chivo lúbrico, había traído de golpe a mi vida lo que desde siempre me había negado y que resultó que necesitaba más que el pan. Por eso me había dejado ir sin resistencia en esta locura que, como con un hacha, partía al medio mi vida. Al salir a las

cinco de la tarde, al aprestarme a cruzar la calle para entrar al auto, lo vi. Estaba parado junto a la florista, sonriente y con un clavel rojo en la mano, como si esperara a alguna novia, a alguna amante de oficina. Al ver que lo miraba levanto la mano con el clavel, como si fuera una copa y brindara por nosotros.

.....

Me sentí exuberante todo el resto del día. Liberada. Absurda palabrita. ¿Liberada de qué? Y sin embargo me sentía liberada, ancha de todo mi ancho, como un matambre al que por fin le cortan los piolines. Había hecho algo maravilloso –darme sin límite a mi deseo-, algo que ni siquiera había soñado con hacer. A mis ojos aquello era una verdadera hazaña. La gloria. Me miré al espejo y no pude creer lo mal que me veía con esa ropa de vieja. Mis ojos redescubrían mi belleza y mi corazón era joven otra vez. Entiéndaseme, no es que yo confundiera aquel escarceo obsceno con una situación romántica. Para nada. Es que lo que yo quería no era romance sino aquellos escarceos obscenos.

Los nenes más que nunca me parecieron dos angelitos, y sus riñas y travesuras pura música celestial. Y Raúl, querido esposo mío, tan amable él y tan responsable, viéndome tan en Babia, y juzgándome exhausta por los trabajos del día, al terminar de cenar me mandó a la cama, exonerándome de las últimas tareas domésticas del día, que normalmente compartimos. Aflojándome en la cama, apenas cerré los ojos la marea de imágenes se me vino encima. Volví a sentir en la boca el miembro rígido, tan tierno y tan brutal, y lo sentí con tanta intensidad que se me abrió la boca, como si realmente allí lo tuviera alojado. Volví a sentir la delicia de tener la boca totalmente invadida por aquel animalito a la vez arrogante y frágil, de sentir el chorro de semen directamente en la garganta y después cayendo cuerpo adentro, y la delicia de sentir que aquella grosería me ponía instantáneamente en estado de Gracia –y lo digo así porque no se me ocurre otra manera de decirlo. Apenas me toqué el orgasmo me cubrió con su ola de placer de la cabeza a los pies. Vagamente sentí cuando Raúl, muy delicadamente se introdujo en la cama, creyéndome dormida. Me pasó por la cabeza, aunque no con tanta fuerza como para llamarlo una tentación, ofrecerle a Raúl una chupada de pija. ¿“Oh, qué agradable sorpresa me diría” me diría, y se entregaría a la caricia con la misma autoridad y el mismo gusto por lo obsceno que Duilio Ferrán exudaba y que tan hondamente me sedujeran? No lo hice, jamás lo haría –por vergüenza, supongo, para que no piense que

soy una puta, como lo pensaron mis novios arrepentidos. No es eso lo que los hombres honestos esperan de sus mujeres. Acabada, vaciada de toda tensión, me acurruqué contra su flanco y me dormí.

.....

Desde que me desperté, fresca como una lechuga, estuve preguntándome cómo haría para moderar la próxima arremetida de la Bestia. No iba a ser fácil. Como quiera que fuese, con su cara de chimpancé libidinoso, cuando se me había venido encima me había encontrado atada de pies y manos, y de lengua. Nada pude hacer para resistirme a su estrambótica demanda. Al contrario, me había incendiado con la primera chispa, como si fuera de estopa. Igual hubiera podido llevarme en procesión por toda la oficina chupándole la verga, para regocijo horrorizado de toda esta gente con la que he convivido diariamente durante horas a lo largo de años sin que tuvieran de mí más imagen que la de una especie de monja laica. Por suerte no está tan loco, o tuvo piedad de mí.

El pensamiento de todo lo que tenía para perder si nos descubrían, en nada o en poco me había retenido. Fue como si un demonio se hubiera apoderado de mi voluntad haciéndome desear mi perdición. Pero no volvería a suceder. Se lo dejaría claro apenas arremetiera. Pediría un par de horas libres para ir al médico e iríamos a un hotelucho a coger como Dios manda. La sola idea de estar solos y frenéticos como demonios encerrados en un cuarto de hotel o de amueblada -¡nunca nadie me llevó a una amueblada!- puso a mi vulva a boquear como pez fuera del agua. Iba con Raúl en el auto hacia el Centro como drogada, babeándome por las comisuras y con la concha empapada. Fantaseé llegar a la oficina e ir yo misma, directamente, a buscarlo, a pedirle por favor que apagara mi incendio. No acabé en el auto, pero iba flotando en la nube orgásmica.

Traté de controlarme, decidida a enfriarme trabajando, pero mi mirada resbalaba por encima de las columnas de números, incapaz de concentrarme ni en las más elementales operaciones. ¿Qué hacer? me preguntaba. No me sentía precisamente atrapada en las redes de un seductor: a saber por qué, pura ilusión quizá, pero estaba segura, sin el más mínimo lugar a duda, que él estaba igual de ansioso por volver a verme. Me encerré en el baño y me maquillé. Toquecitos nomás. Sólo me maquillaba para ir a las reuniones de padres en el Colegio. Nunca para ir a trabajar. Sentí de pronto, frente al espejo, que

podía mirarme como él me veía. Me veía hermosa, veía la pureza de mis rasgos, la firmeza de mi expresión, la inteligencia de mi mirada, mirada que penetra y cuestiona, a la que no se le escapa nada. Tenía que irrumpir en mi vida este Duilio Ferrán para que yo pudiera volver a verme como soy en realidad.

Tenía que verlo ya, aunque sólo fuera unos minutos, aunque sólo fuera de lejos, lo suficiente como para confirmar lo que no necesitaba confirmación alguna. Su oficina estaba dos pisos más arriba. Nada tenía yo que ir a hacer allí. Diría cualquier cosa si me interpeaban. Que le traía al señor Auditor una lapicera que se le había caído al pasar por Finanzas. O que somos amigos de infancia, que compartíamos el mismo banco en la escuela. O que íbamos a misa en la misma parroquia. O lo que fuera. Pero quizá podría escurrirme sin ser vista. Eran apenas las diez de la mañana. El piso de Gerencia General recién se puebla a partir de las once. Se abrieron las puertas del ascensor y allí en el palier estaba la recepcionista, por supuesto. Paulina. Siempre nos miramos con simpatía, aunque nunca habíamos conversado.

-Hola, Paulina ¿cómo estás?

-Hola, Marilú ¿qué necesitas?

-¿Por dónde está la oficina del señor Ferrán?

-Por ese corredor, tercera puerta. Pero todavía no llegó. ¿Para qué lo necesitas?

Me encogí de hombros restándole importancia.

-No es nada. Algo personal.

¿Cómo pude decir algo personal? Tenía que agregar algo.

-Nos conocemos de niños.

-Ah, mirá... Le digo que pasaste a verlo cuando llegue.

Bastó con eso. Reboté. Paulina es linda, y se veía muy arregladita, bastante maquillada. ¿Habría arremetido también contra ella? Ojalá lo haya hecho y yo me entere, pensé. Eso me ayudaría a sacármelo de encima, a terminar con esta ansiedad torturante. O quizá no. ¿Sería menos intenso lo nuestro si también tuviera algo con Paulina? ¿O más intenso? Pensar que toda la vida le di un valor superlativo a la exclusividad. Y

ahora, sin fundamento alguno, me pongo a fantasear que lo comparto. ¿Tendré que prescindir del valor de la exclusividad? Demasiadas preguntas. Enloquezco. “Hay cosas en las que de nada sirve preguntarse nada”, me dije razonablemente. Hay que vivirlas.

Traté de tranquilizarme. Paulina no tenía por qué comentarle a nadie que fulanita de Finanzas había subido a la oficina de fulanito Auditor –en el imaginario de los demás pisos las confortables oficinas del piso seis son como bulines- con la excusa de que, según dice, es amiga de infancia –muy poco original como excusa, por cierto. ¿Qué cara pondría Duilio Ferrán cuando Paulina le dijera que fui a verlo? Se relamería, por supuesto. Sí, lo imaginé relamerse, impudicamente libidinoso -como si lo conociera de siempre. Se relamería y bajaría de inmediato a por su débito.

A las diez y media lo tenía frente a mi escritorio.

-Buenos días –saludó, zalamero, con cara de amante el día después. O de boa con hambre.

Me excita cómo habla. Siempre habla lentamente, sin apuro, como si a la vez tuviera en la boca un bocado delicioso y lo fuera degustando entre palabras.

-Hola –respondí sacándome los lentes y sonriéndole con toda la cara.

Se quedó apreciando la novedad: mis detalles de maquillaje. Se le arquearon las cejas y soltó un gruñidito de aprobación. Parece como si su manera natural de expresarse fuera con gruñiditos. Y con chasquidos de la mucosa bucal, como si estuviera probando un aderezo. Puso cara de circunstancias y dijo, bien bajito:

-Te confieso que tuve un despertar difícil –como si se hubiera despertado con un ataque de ciática.

Pero alzó las cejas significativamente, como para que yo no dudara respecto de cuál era la dificultad que había tenido al despertar.

-Yo también tuve un despertar difícil –le confesé, sorprendiéndome con la desfachatez de exponer en nuestro circo libidinoso así fuera una visión fugaz de mi intimidad conyugal. Una mujer despierta junto a su marido excitada pensando en su amante: eso soy.

Se inclinó hacia mí y me susurró cerca del oído, más para hacerme cosquillas que para evitar ser oído por terceros.

-La verdad es que estoy chorreando –fue lo que vertió en mi oído el chivo lúbrico.

Se me hizo agua la boca.

-¿Chorreando... semen? –pregunté, fingiéndome preocupada.

Asintió moviendo la cabeza, y poniendo cara de estar soltando semen ahora mismo. Se enderezó y miró a un lado y al otro, a mis colegas oficinistas. No necesito mirar. Una con sus audífonos oyendo radio toda la mañana. El otro con un libro abierto en el cajón del escritorio -algún tomo de los escritos de Trotsky probablemente. Zombies ambos, quizá. Pero no idiotas, y si les dábamos motivo trasladarían su atención a nuestros manejos. Máxime cuando el día anterior también habíamos estado cuchicheando. Pero yo estaba casi fuera de mí.

-¿Y entonces? –lo desafié con un hilo de voz.

-Me preguntaba si podríamos... -articuló moroso, y volvió a mirar a un lado y al otro.

-No –susurré terminante, pero sintiendo cómo la bruma avanzaba en mi mente.

Inclinándose más hacia mí, arqueando mucho las cejas, degustando con un chasquido su saliva, con voz tranquilizadora, me aseguró:

-No hay moros en la costa.

-Ni sueñes. Aquí no –susurré a gritos, entrando en pánico, luchando por zafar del embotamiento, del estado hipnótico en que su irradiación sensual me sumergía.

-Vos hacé lo que te digo –dijo, queriéndose tranquilizador y logrando lo contrario-. Solamente ponele la mano encima –insistió con la cara y el tonito de un abusador de menores.

-No –insistí, pero ya me cosquilleaba en la yema de los dedos el deseo de tocar su insolente dureza.

Tomó entonces mi mano, comprobando el estado de atonicidad muscular en que me encontraba, y la transportó con dulzura hasta colocársela encima al animalito que pugnaba por perforar la tela del pantalón. Mis dedos lo atraparon de inmediato. Si lo que quería era una pajita así, sin piel a la vista, no veía motivo para no complacerlo. Pero entre mis piernas la sublevación fue instantánea. Mi yo secreto pedía ser objeto de parejas atenciones.

-Baja el cierre –me explicó, didáctico, como si lo suyo fuera coger retardadas mentales.

No podía hacerlo. Por más embotada que estuviera sabía que ese era un límite que no podía cruzar –tanto como sabía, porque lo estaba aprendiendo en ese mismo momento, que, en realidad, no podía negarle nada. Mi mirada, indefensa, le suplicaba piedad a su mirada de ojos soñolientos como los de un cocodrilo que finge dormitar al sol.

-Bajalo –repitió dulcemente, pero quizá con un tonito lejano de amenaza.

Bajé despacito el cierre. Un poco nada más. Suficiente como para que, como empujada por un resorte, saltara bragueta afuera la cabeza del miembro, a medias envuelta en la tela blanca del calzoncillo. “Pobrecita”, pensé, resbalando hacia la chifladura erótica. “Se estaba asfixiando”.

-Sacala del todo –ordenó ya quizá un poco impaciente.

Lo miré con tanta cara de asustada como pude, con la intención de desanimarlo y sacarle las ganas. ¡Estábamos en medio de un salón repleto de burócratas! Él, tranquilamente, volvió a mirar hacia los cubículos vecinos y luego, sonriente, me hizo seña de seguir adelante. Hice a un lado la tela y descapoté el cipote. Resonaba en mis oídos, mareador, el murmullo de la hora pico de trabajo en el hangar de Finanzas. Una gota cristalina brotó de la boquita del pene. El abusador suspiró. Un gruñidito de placer se le escapó del pecho. A esta altura de las cosas, bajé la guardia. Que pasara lo que pasara. Él era un inconsciente irresponsable que creía que éramos invisibles, y yo una idiota que le obedecía como si la suya fuera la palabra de Dios. Así era. Punto. Éste era mi destino. Tomé con los labios la gran cabeza hinchada y tensa. El abusador jadeaba como si estuviera ya a punto de soltar el chorro. Ante semejante inminencia deslicé dentro de mi boca tanta verga como pude. Mamé. Culeó despacito cogiéndome la boca.

Ya no me importaba si la plana mayor de la Contaduría estaba tomando nota de mi performance: me tragaría hasta la última boca que tuviera para soltarme en la boca.

-Así, quietita –susurró con hilachas de voz, temeroso de encontrarse de pronto sin pista en la que aterrizar.

Pero yo no retrocedería ni un centímetro, ni aunque aparecieran allí en procesión el gerente de la Contaduría, mi santa madre, mi legítimo esposo y mis adorados cachorritos. Aquel era para mí el momento de esplendor absoluto que me estaba destinado en este Valle de Lágrimas y nada ni nadie me lo iba a birlar. Esta era mi verdad, y en su momento álgido era capaz de eclipsar a todo lo demás: era esclava de aquello que trajinaría mi boca hasta vaciarse en ella. O del néctar que pugnaba por vaciarse en mí. Separé las piernas y me toqué. ¡Sólo entonces, repito, sólo entonces, lo juro, por más que se me diga que miento, sólo entonces me di cuenta de que no me había puesto bombacha! Había venido a la oficina pronta para él, para que pudiera meter mano con total facilidad en mi joyero.

Separé los labios y deslicé el dedo medio sobre la zona candente, tan lentamente como la cabezota entraba y salía de mi boca. Acabé en el momento en el que el maldito abusador me llenó la boca de semen. Fue sentir la correntada contra el paladar y se me disparó el orgasmo. Reprimida toda expansión, sentí que toda yo hacía implosión y me derrumbaba sobre mi eje, como un edificio al que se demuele con explosivos. Sólo atiné a quedarme tan quieta como pude, sintiendo como mi capacidad bucal se iba completando con cada nuevo flujo de semen.

-Tragá –oí que me decía dulcemente preocupado, como el padre que le da una cucharada de jarabe a su hijito con tos-. Tragá –insistió viéndome como en shock orgásmico, incapaz de reacción, y retiró la cabezota del que para mí era ya su puerto natural, mi boca.

A punto de que la mar de lefa desbordara mis labios y chorreara, reaccioné y tragué. Sintiendo cómo su gran tributo, denso y oloroso como la pulpa de una ostra, me recorría cuerpo adentro, experimenté una especie de transfiguración. No encuentro mejor palabra para decirlo. Como si impregnara mi cuerpo una droga maravillosa que transformara mi ser en un ser de Luz. No intento disimular mi irresponsabilidad con una capa de pseudo-misticismo. Estoy tratando de decir lo que realmente sentí, cómo

realmente fueron las cosas para mí. Si el maldito me hubiera pedido que me arrodillara a sus pies y lamiera la suela de sus zapatos, lo hubiera hecho, sin importarme el tamaño del escándalo que se desatara. Por el maldito abusador estaba dispuesta a sufrir los tormentos del Infierno y de mis labios no se oiría ni una sola vez que lo negara, así cantarían mil gallos. Se acomodó la ropa, chequeó a derecha e izquierda que nadie nos hubiera visto, y se fue, silencioso como una serpiente, la colorida, persuasiva, irresistible serpiente del Paraíso, que había venido a traer a mi vida aquel saber precisamente que tanto me empeñara en negar durante tanto tiempo.

.....

Fui al baño. Quedé clavada mirándome al espejo sin verme. Saboreando el semen de que tenía impregnada la boca y que me llenaba con su delicia las narinas. Me encerré en el gabinete higiénico. Increíble que olvidara ponerme la bombacha. Pero no, ningún olvido: alguna zona de mi mente, más sutil que mi conciencia, se había hecho cargo de las circunstancias. Me hice otra paja, con la mente en blanco, porque no necesitaba imágenes, saturada en la más pura sensualidad como estaba. Una paja tan concienzuda que al rato largo de estar en eso, perdida toda noción de tiempo y lugar, oí que desde la otra punta del mundo alguien con voz de mujer me preguntaba si me sentía mal o necesitaba algo.

-No es nada. Estoy con el mes –respondí, con lo que me gané unos minutos más para apagar el incendio.

Estaba almorzando, sola, en un rincón de la cantina, con un apetito voraz después del ejercicio matinal, cuando mi euforia tocó su techo y pinchó. ¿Qué iba a ser de mi vida serena y ordenada, de mis responsabilidades, que eran la dulce prisión a la que de ninguna manera renunciaría? ¿En qué iba a terminar esto? Se me metió en la cabeza que aquella *folie-à-deux* sólo podía terminar mal. Me asustó mi dejarme embarcar en locuras que en cualquier momento podían terminar de la peor manera. Si a él le faltaba un tornillo a mí me faltaba el otro. ¿Cómo era posible aquello? Me dejaba arrastrar por él a cualquier cosa porque él se arrastraba a sí mismo a cualquier cosa. De pronto imaginé estar sola en su casa, apropiarme de todas sus cosas, hacerlas mías, en mi mente, en mi cuerpo, convertirme en él entre sus cosas, ponerme sus zapatos, beber de sus licores, dormir en su cama, y despertarme sabiendo lo es para él tener ganas de coger conmigo.

Lo nuestro no podía ser, y no podía durar, no podíamos seguir haciendo de las oficinas nuestro tálamo nupcial. Al terminar sus funciones como Auditor se iría, ya no nos veríamos. Y estaría bien así. Volvería a mi vida de siempre. Pero mientras tanto... la locura. Sentía miedo. Deseaba que aquello tuviera un final feliz, o sea, que se terminara pero dejándome ahíta para siempre de su cuerpo, de su olor, de su verga, de su semen. Ahíta hasta la náusea y vacía de tanto regalarme a sus caprichos. Pero ni siquiera podía imaginar cómo sería estar ahíta de darme a sus abusos. Sólo sabía lo que es la gloria de sentirme usada por su voracidad hasta quedar exhausta.

Eran más de las cuatro de la tarde cuando caí en la cuenta de que era viernes y que no nos veríamos hasta el lunes. Imposible, decreté. Imposible, dictó inapelable todo mi ser. El corazón me golpeaba en el pecho ante la posibilidad de algo tan terrible. Se me puso la cara como fuego. Respiraba mal. Así de loca estaba. Tenía que verlo así fuera dos minutos. ¿Dos minutos? ¿Para qué? Me arrebató el vértigo de la imaginación. Me imaginé desnudando las tetas y ofreciéndoselas con las dos manos, juntas, como para que haga con ellas lo que quiera, morderlas, chuparlas, azotarlas, regarlas con sus jugos. Le pedí a Dios que él no estuviera así de demente, para que uno de los dos pudiera poner un freno, un poco de moderación. Pero sabía, con un saber duro como una piedra, que él estaba igual. Sabía –y considérese aquí el tamaño de mi chifladura- que era la calentura de él en su escritorio, pensando en mí -o, para decirlo con las palabras justas: convocándome-, lo que me había alcanzado e invadido y mordido el alma, y me hacía pararme y caminar como un zombi hasta el ascensor para subir al sexto piso y decirle a Paulina, que estaba tranquilamente en lo suyo y se sorprendía al verme salir del ascensor:

-Hola Paulina ¿está Ferrán?

-Tercera puerta –dijo señalando hacia el corredor a mi izquierda.

Allí me dirigí, a paso firme, como si fuera la dueña del mundo, como si hubiera engañado a la feroz guardiana, que me había entregado indefensa e inadvertida la llave del tesoro. Ni golpeé la puerta. Sólo me di un segundo, para apagar el celular -¡bien por mí, tengo que conservar la cordura lo más posible y pensar en todo!-, antes de entrar sin más, imparable en mi urgencia. Él estaba en mangas de camisa, la corbata floja, los lentes puestos, con el escritorio cubierto de papeles y con dos laptops abiertas. Sus ojos dormilones se abrieron del todo por la sorpresa.

-¡Ah! –soltó, y era una exclamación de placer total-. ¡Qué maravilla! –dijo, parándose-. Justo estaba pensando en vos –aseguró, libidinoso.

-No te creo –dije, aunque sabía, con la convicción de los lunáticos, que no me mentía.

-¿No me creés? –dijo, pastoso y pachorriento, y sin más se bajó el cierre del pantalón y sacó la verga, tan erecta como podía estarlo.

-Hijo de puta –le dije.

Juro que nunca antes en mi vida le había dicho hijo de puta a nadie, especialmente a nadie que estuviera por cogerme, pero no se me ocurrió mejor manera de elogiarlo. La Bestia soltó la carcajada.

-Así se habla –dijo, y miró su reloj-. Como premio voy a cogerte, pero en no más de cinco minutos tengo gente aquí.

Me acerqué y tomé su miembro. Estrujé el tallo y tiré de él como para arrancárselo.

-No podía irme sin verte... Viene el fin de semana... -murmuré sintiendo cómo la embriaguez sensual se apoderaba de mí nublándome la mente.

-¿Qué tiene que ver el fin de semana? Podemos vernos cuando salgas al súper, o en el baño de la estación de servicio... -susurraba profético en mi oído.

-Callate –impuse, subiéndome la falda y el viso-. Y dámelo.

Despejó de un manazo un lado del escritorio.

-Apoyate aquí.

Lo hice, apoyé los codos sobre su mesa de trabajo, ofreciéndole las nalgas desnudas. Las manoseó, con entusiasmo, con fervor, jadeando de placer, poniéndome como loca de gusto y ansiedad. Iba a cogerme. Finalmente iba a tenerlo dentro de mí. Sentía el gusto que le daban mis nalgas, las pasaba y repasaba como si fueran tetas. Su mano se deslizó hacia la entrepierna, chapotearon sus dedos abriendo el canal. Y entonces, de repente, deslizó el miembro hasta el fondo y ahí se quedó quieto, inmovilizándome con sus manos en mis caderas.

-Cogeme –pedí removiendo cuanto podía el culo.

Pero no. Ahí se quedaba quieto, clavado, atornillado. Pensé que se sentía a punto de acabar y trataba de controlarse para no soltármelo dentro. Pero a mí me importaba tres pepinos donde acabara. Sólo me importaba el instante, el infinito intervalo del instante en que me llenaría de leche. Sólo ese y ningún otro instante en todos los futuros posibles.

-Acabá si querés –murmuré culeando cuanto podía contra su vientre.

-¿Te preño? –preguntó, morboso.

-Preñame –pedí, en el goce demente.

Pero con el jueguito al borde del abismo la que sucumbió fui yo, tanto más violentamente cuanto más firmemente me tenía inmovilizada. Conseguí reprimir el grito que me afloraba en la garganta.

-Nos queda un minuto –declaró entonces con su voz pastosa y lúbrica-. Es el jefe de tu Departamento el que está por llegar –le oí decir mientras sentía cómo su verga se hinchaba y cabeceaba en mi vientre.

De repente retiró la verga. Me enderecé desencajada y fuera de mí.

-Sos... –empecé a decir con toda la intención de dejarle en claro lo que pensaba de él.

Pero él arqueó las cejas, divertido, blandiendo la verga.

-Chupala, ya –me urgió.

Me arrodillé, descapoté la verga y me la puse en la boca. Ahí sí se soltó a culear. Sentí, suave y dulzón, mi olor a concha en la piel del miembro. Pero no duró nada. Fueron unos pocos topetazos bastante desconsiderados contra el fondo de mi garganta y reventó, bañándome la campanilla. Entonces la sacó de mi boca, me tomó del mentón y soltó el resto sobre mis labios, exprimiéndosela hasta que ya no tuvo más nada que gotear. Me paré con el semen sobre los labios. Me miraba la boca, puerilmente encantado con los goterones pegados a mi piel. Con un movimiento convulso y brutal, como de apropiación o más bien de raptó, me abrazó y cubrió mi boca con la suya. Nos

devoramos las bocas lamiéndonos mutuamente. Nos separamos jadeando. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo pasó por mi boca primero y luego por la suya.

-Andate –dijo, realmente nervioso, arreglándose la ropa-. Ya.

Caminando por el pasillo hacia el ascensor sentía que mi cuerpo ondulaba, como que se había apoderado de mí la sensualidad más básica, la de caminar moviendo el culo, provocando. Nunca, nunca había caminado así, ni de chiquilina ensayando ser mujer. Intenté reprimirme, obligándome a volver a mi paso, pero no lo conseguí. ¿Cómo, cómo pudo suceder? ¿Cómo pudo suceder que ahora sea yo la yegua que viene a dar servicio al sexto piso, como en tantos chismes oí que sucede? Sí, yo, soy yo ahora la yegua. Dios me perdone y me preserve madre y esposa a pesar de todo, a pesar de esto que no pedí, que no busqué, que no deseo pero que no puedo evitar. Pero el alboroto en todo mi ser no cejaba, concentrado en el cosquilleo en mis pezones y en el vértice que el ondular de mis piernas masajeaba. Antes de llegar al escritorio de Paulina tuve un fugaz fantaseo: me desdoblaba, yo era dos, y me chupaba los pezones, y hurgaba con mi lengua en mi hendidura. Casi me caigo del mareo.

Paulina me sonrió de tal manera que no dejaba lugar a dudas respecto de lo que sospechaba. Por pura malicia me hizo un gesto tocándose la barbilla como para advertirme que tenía algún pegote cerca de la boca. Como soy ingenua le hice caso y me froté debajo del labio inferior. La sonrisa se le acentuó y se le torció. Me detuve a esperar el ascensor.

-Marilú... -la oí llamarme, bajito.

Me di la vuelta.

-Mejor por la escalera –susurró.

Calculé que más me valía hacerle caso y reconocerle el lugar de aliada que se había dado. Iba a necesitar sus complicidades en lo que aquello durara. De manera que bajé por la escalera. No sin antes musitarle:

-Gracias –lo que equivalía, por supuesto, a una confesión en regla.

.....

Por la noche le insistí a Raúl para que saliéramos de Montevideo ese fin de semana. Me costó convencerlo, porque no le gusta improvisar, en nada. Ya era primavera, y el frío había aflojado. Yo necesitaba realmente despejar mi mente para digerir aquello. Y la naturaleza es la mejor pizarra para ensayar fórmulas de respuesta a los intrínquilis que la vida plantea.

Mar, sierra, horizontes lejanos. Y estar con ellos, con mis tres hombrecitos, porque una cosa era no sentir ni pizca de culpa y otra la necesidad de compartir con ellos la intensidad de... ¿mi felicidad? No, no es esa la palabra. Lo que necesitaba compartir con ellos –¿con quién si no?- era la intensidad de mi sentimiento de plenitud, de libertad, de energía. Si hay algo bueno en mí o para mí, lo quiero compartir con ellos.

Así pues, compensación y equilibrio a través de la entrega absoluta a mis tres hombrecitos es lo que sentía el sábado temprano cuando salimos para Piriápolis. Antes de mediodía estábamos instalados en una casita alquilada por una bicoca en el Country, en la zona arbolada. Dejé a Raúl y a los niños juntando piñas y palitos para hacer un fuego y me fui en busca de provisiones al Devoto.

Saliendo de la zona de Lácteos y entrando en la de Almacén me di de frente contra Duilio Ferrán. Chocaron nuestros carritos, el de él ya bastante cargado. Juro que no me sorprendí. En el fondo me pareció natural el encuentro. Era como si mi deseo inconsciente lo hubiera materializado. En plan libidinoso su rostro se me hace muy atractivo, irresistible de hecho, pero golpeado por la sorpresa realmente pone cara de bobo. No pude sino reírme de la cara que puso.

-¿Qué hacés acá? –pregunté divertida, como si me hubiera encontrado con un simple compañero de laburo-. ¿Me estás siguiendo?

-Claro que no –dijo, y al decirlo arqueó mucho las cejas, como para expresar absoluta inocencia. El pobre daba la impresión de que mentía hasta cuando decía la más obvia verdad.

-No puedo creer esto –dije con tanta exaltación como para que le fuera evidente que lejos de molestarme aquel encuentro, me encantaba. Todo mi razonable plan para el fin de semana se diluía en la nada. Allí estaba él y yo me incendiaba mientras en su rostro la picardía de siempre se reinstalaba poco a poco.

-¿Estás con tu familia? –preguntó con tono casual.

-Sí.

-Yo también –dijo, pero no me engañaba, en su voz no había resignación sino cálculo. Se preguntaba seguramente: ¿quizá sería posible algo, una vez más fugaz y clandestino, entre nosotros? Sé que él pensaba eso y sé que él en mi mirada veía que yo me preguntaba lo mismo. Estoy loca, pensé, loca de la concha, loca desvergonzada de la concha.

-¿Con tu esposa y tus hijos? –pregunté siempre en tono casual, como robando tiempo, dándonos tiempo para pensar en algo.

-Mi esposa y mi hija –corrigió. Y de inmediato, dando vuelta la página y yendo al grano-: ¿Terminaste la compra? –y con esa cara suya de quiero cogerte que no deja lugar a dudas-: ¿Salimos?

-Me falta un par de cosas –le dije con un tono de voz que le decía en realidad que sí, que estaba de acuerdo con lo que fuera que hubiera inventado.

-A mí también. Nos vemos en las cajas.

Yo caminaba ya, de inmediato, como sobre nubes. No sólo coincidíamos en Piriápolis, coincidíamos además en el mismo súper, y solos. Sería absurdo que, enfrentando la decisión de todas las potencias de la Fortuna, nos negáramos a darnos algo, así fuera migajas, de aquello por lo que yo ya estaba mojándome y él empalmándose, seguramente.

Pasamos, pues, por las cajas y salimos al parking. Se detuvo y me miró con su carota de macho intoxicado por el desborde de la libido. Sonrió e hizo con la boca esa cosa que hace que parece que estuviera degustando algo delicioso. Después se abrió el abrigo como para mirarse o para mostrarme su vientre. La erección abultaba, levantando la tela del pantalón. Me latió el corazón a mil. Sí, eso, ya.

-Mi camioneta es la de los vidrios polarizados –dijo-. ¿Por qué no dejás tu compra en tu auto y venís a conocerla?

Hice mi parte y caminé luego hacia la gran camioneta negra con vidrios oscuros. Al acercarme se abrió la puerta trasera. Me esperaba reclinado contra la otra puerta, con el

abrigo abierto y la verga afuera, desnuda y erecta, con el gran fruto rosado y expuesto. Me abrí también el abrigo, me saqué los guantes, me soplé aliento cálido en las yemas de los dedos. Era extraño, inquietante, ver pasar gente cerca de la camioneta y que no nos vieran. Como si fuéramos invisibles. De alguna manera, dentro del cubículo de vidrio opaco, estábamos por primera vez solos. La gente pululaba a nuestro alrededor, más aún que en las oficinas, pero como por arte de magia, no podían vernos.

No nos presionaban las miradas, pero nos presionaba el tiempo. Tanto los suyos como los míos podían tener la idea de venir a buscarnos al súper si tardábamos más de lo razonable. No correríamos riesgos sólo si nos ceñíamos a tiempos muy razonables, o sea, si una vez más teníamos sexo a las apuradas. Estaba bien, lo que fuera con él estaba bien. De hecho lo que experimentaba, con una fuerza incontrolable, era el deseo de llenarme la boca con su verga.

-Haceme una paja –ronroneó-. Quiero verte haciéndome una paja. Quiero saber cómo la hacés –dijo y se relamió, como un gran gato goloso, separando las piernas para que pudiera acercarme, cosa que hice arrodillándome sobre la alfombrilla de goma.

Ancho en la base del tallo, vigorosamente irrigado por venas y canales, el objeto de mis anhelos vibraba, tironeaba y cabeceaba buscando enderezarse para venir hacia mí, como un animal de presa apenas retenido por la cadena que sostiene su amo. ¿Cómo podía presentar una verga tan acometedora, tan agresiva un tipo tan plácido, tan pachorriento, tan pelotudo como Duilio Ferrán? Tomé el miembro por la base. Apenas podía anillarlo con mis dedos. Lo atraje hacia mí para lamer el casquete. Temblaba de la ansiedad de sentirla deslizarse nerviosa y potente, dentro de mi boca. Pero tenía que cumplir la tarea que me había encomendado.

-Te participo que no soy ninguna experta –le advertí.

-No –coincidió.

No me gustó la celeridad de su coincidencia. Me quedé mirándolo, pero él no tenía ojos más que para mi lengua ensalivándole el glande.

-¿Cómo sabés que no?

-Es evidente.

Lo dijo en serio, pero enseguida sonrió y en sus ojos asomó algo quizá parecido a la ternura.

-Pero sos una maravilla, y no hay nada que quiera más yo que tu torpeza de ama de casa y oficinista.

Era, pues, llegado el momento de decir algo, aunque fuera un poco y mal dicho.

-Vos también sos una maravilla. Me rompés la cabeza. Nunca me comporté así. Estoy fuera de control.

¿Qué más fuera de control que esta avidez por aprovechar por poco que fuera este encuentro absurdo? Una pajita, al menos. Quizá unos chupones. Sí, eso quería, que me besara como cuando en su oficina nos comimos las bocas lubricadas con semen. Sí, sí, estaba claro ahora, claro como el agua. Éramos dos cachorros, dos adolescentes arrebatados por la correntada del deseo. Haríamos cualquier cosa por robar un polvo. Sabíamos que era así y no nos daba vergüenza nuestro impudor ni nuestra inmadurez. Un polvo más era para nosotros una especie de mandato, de imperativo ineludible. Nada podía detenernos.

Comencé el meneo, lento y corto, sobre el tallo, sin cubrir la cabezota. Me excitaba terriblemente hacerlo. Jadeábamos ambos, con la vista fija en la verga incandescente.

-Cómo quisiera ver volar tu semen... -suspiré.

Me miró con cara de total embotamiento, como si lo hubiera arrancado de una siesta para pajarlo.

-No, hoy no. Imposible –musitó y parecía realmente contrariado por no poder complacerme-. Yo también quiero mostrártelo, pero hoy no.

Yo aferraba la verga con fuerza y la recorría lentamente desde el tallo hasta justo debajo del casquete, como quien aprieta desde bien abajo el tubo de la pasta dental. Él no me corregía. Me dejaba hacer. Se entregaba a los placeres de mi torpeza. Haciéndolo acudió a mí un retazo perdido de memoria: de chiquilina pajeando a mi primer novio disidente. Yo creo que vio que me gustaba demasiado, y no me lo permitió nunca más, por más que le insistiera. Después pajeé muchas vergas más, pero todas imaginarias.

-¿Querés que le ponga un pañuelo encima? -me preguntó sin mirarme, con la mirada ya vidriosa.

-No. Sólo decime cuando estés...

-Ya estoy... -gruñó.

Me incliné hacia adelante hasta casi rozar con los labios el casquete con cada meneo. Aceleré.

-Ahora... -susurró sin voz.

Explotó. Lanzó una y otra vez, gruñendo de gusto, gruesos goterones que fueron a aterrizar dentro de mi boca. Seguí tironeando y exprimiendo hasta que no salió más nada de la boquita. El olor de su semen me envolvía, me embriagaba. Hurgué con la lengua sobre la boquita por si salía algo más. Empecé a tocarme el pubis por encima del pantalón. No podía más.

-Ahora vos -oí que me decía con un susurro desfallecido-. Hacétela para mí.

¿Hacérmela para él? ¿Para que me viera haciéndomela? En mi vida nunca me había hecho la paja para los ojos de nadie, pero cuando me lo pidió sentí irresistiblemente el deseo de darme a su mirada, de darle todo lo que de mí pudiera desear, de no tener en el cuerpo, o sea en el alma para él ningún secreto. Sí, vaciarme de todo secreto, así se hartara de mí, de mi hambre de él, y me descartara. Porque vivir en este deseo insaciable es, a la larga, insoportable.

Me eché hacia atrás, apoyando la espalda contra la otra puerta, me bajé el pantalón y la bombacha hasta los tobillos y separé las piernas cuanto pude. Él miraba como hipnotizado más allá de las columnas blancas y robustas de mis muslos la hendidura carmesí, mi herida, el tajo por el que desfallezco de deseo. Miraba mi concha desperezarse y bostezar, en cámara lenta, abriéndose como una flor carnívora, mi concha que sé bella, como intacta, aunque parió dos críos de más de cuatro kilos cada uno. Y yo me babeaba abriéndome con las dos manos, tanto como podía, tanto como nunca antes, a nadie, para mostrarle el vértice hipersensible, cosquilleando, la boquita abierta por el asombro, y el otro, el animal sulfuroso, emboscado entre las nalgas.

Estaba yo a punto. Hubiera preferido una paja lenta para él, pero aquello no iba a durar. Hundí en la vagina dos dedos de mi mano izquierda. Los gocé para él, como si fueran su verga. Con el dedo corazón de la derecha inicié el masaje circular. Y reventé de gusto. Cerré las piernas sólo para evitar que se me escapara el alma. En plena convulsión y espasmo me lamentaba pensando cuán fugaz y pobre había sido el espectáculo que le había dado, aunque bien veía que los ojos le brillaban como los de un niño con juguete nuevo.

-Lo siento. No podía más –suspiré.

-Hacete otra –ordenó goloso y abusivo, y tomando con las yemas del pulgar y el índice su miembro que, adormilado, aún colgaba fuera de la bragueta, se puso a tironear de él.

Me abrí de piernas otra vez. Yo creo que ni en la peor calentura, nunca me había pajeado dos veces así, seguidas. Haciéndolo, ahora sí morosamente, sentía crecer en mí un goce inédito, el goce en el exceso, en la obediencia a los caprichos abusivos de su deseo. Me tocaba con sólo la mano derecha, deslizándola a lo largo de todo el canal, y penetrando en la vagina con dos dedos una y otra vez. Su mano rodeaba ya su miembro que se estiraba y se enderezaba. Era de una belleza insoportable verlo así, despatarrado, pajeándose, los ojos fijos en el vaivén de mis dedos, la lengua asomándole entre los labios, el rostro embrutecido, abotargado diría, como el de una especie de idiota lúbrico. Cada tanto tragaba saliva, como degustando delicias.

A menos de dos metros de la nuca de Duilio Ferrán una mujer joven y rubia abría la puerta trasera de su auto para colocar en el sillín a su bebé, ignorante del frenesí obsceno que nos agitaba detrás de los vidrios polarizados de la gran camioneta negra. Para frenar un poco el orgasmo que crecía en mí me concentré en observar cómo aseguraba al crío, cómo luego entraba ella misma al auto y encendía el motor y maniobraba lentamente para salir del parking. Pero ya no iba a poder contenerme por más tiempo. La verga estaba ya en su máximo esplendor. Aluciné que me la daría a beber vez, y sentí fluir la saliva en mi boca.

Entonces hice algo único, absurdo, impensable para mí, algo que me salió quién sabe de dónde, de qué oscuro atavismo. Me abrí la concha con las dos manos y levanté las rodillas, en un gesto de entrega simiesco, demente y total. Volví a mostrarle, abierta y

extendida, la gran mancha rojo sangre, con el botón hinchado, la boquita irritada y el culo a la vista.

-Vení, cógeme –gruñí, fuera de mí.

Se puso como loco. Se bajó el pantalón cuanto pudo y se vino encima de mí, pero era imposible que me penetrara si yo no liberaba una pierna sacándola del pantalón y la bombacha. Lo hice, y entonces sí, levanté cuanto pude las rodillas, bien separadas y, aplastándome, se clavó dentro de mí. Se puso a cogerme como un desaforado y yo sentía que la concha se me abría más y más. Era imposible que nuestro frenesí no se notara desde fuera de la camioneta. Si no se la veía hamacarse se oiría mi delirio, porque, entrada en la órbita de aquel polvo enloquecido, la música se me escapaba desde el fondo de la garganta. Nunca me cogieron así, más que echarme un polvo Duilio Ferrán parecía querer reducirme a polvo. De pronto quedó inmóvil, bien clavado, y sentí cómo la verga, motu proprio, frotaba la cima del casquete contra el cuello del útero. Inmovilizada como estaba por su cuerpo intenté devolver aquella caricia ultra-secreta exprimiéndole la verga con los músculos de la concha. Tal ocurrencia fue pura inspiración. Nunca siquiera imaginé que algo así fuera posible. Pero lo sintió, debe de haberlo sentido como yo sentí que algo como con una manita, dentro de mi vientre, oprimía su verga para exprimirla. Alejó el torso para mirarme a los ojos y cuando me tuvo prisionera de su mirada peló los dientes como una especie de animal simiesco y soltó la leche allí mismo donde estaba clavado. Cuando lo sentí venirse, como pude, aferrándome a su cintura, me froté contra su verga, para encajarla más a fondo, donde pudiera preñarme, y me dejé ir directamente a la nada.

Me despertó su boca comiéndose la mía, lamiéndomela por dentro con un movimiento lento de vaivén, de flujo y reflujo, como el del agua del mar danzando entre las rocas de la costa. Salió de encima de mí y se recostó otra vez contra su puerta. ¡Seguía con la verga en su máxima extensión! Se veía derrumbado, sin brillo alguno en la mirada, consumido, pero la verga la tenía como si la fiesta recién comenzara. La empuñó y la descapotó. La tenía agarrada tan firme que vi cómo sus nudillos se ponían blancos. Gruñó un par de veces y jadeó, como si estuviera esforzándose por algo. Entonces la boquita se le abrió y emergió un gran goterón de lefa, denso como pasta de dientes. La erupción rodó por las mejillas del casquete hasta quedar contenida en sus dedos. Entonces me miró, y me dijo con un hilo de voz:

-Tomala, es tuya. Tan tuya como algo pueda ser tuyo en este mundo.

¡Estaba emocionado! ¡Duilio Ferrán estaba emocionado! Se ponía patético y grandilocuente cuando se emocionaba. ¡Mi bestiola! Terminó de exprimirse y me ofreció el gran goterón en el estancillo que formaban en su puño el pulgar y el índice. Blanda como una medusa me semi-incorporé y me incliné para lamer de su mano la hostia líquida. Entonces hice algo que me salió del alma, algo que no pasó por mi conciencia para pedir autorización. Le mostré la lengua con el gran goterón encima.

-Marilú –dijo, demudado por la emoción. Yo creo que fue la primera vez que me llamó por mi nombre, al menos cogiendo, de manera que fue como si de sus labios brotaran fuegos de artificio. Sí, sentí como si al nombrarme me bautizara, me autorizara a tener para mí ese nombre.

Se acercó despacito, en cámara lenta y tomó con su boca mi lengua expuesta, chupándola. Y nos fundimos el uno en el otro, como si el semen que nos impregnaba fuera el cemento que nos unía.

-Tengo que irme –resollé despegándome, casi sin aire.

-Sí, sí, yo también –dijo, como cayendo en la realidad, y se apartó.

Nos arreglamos la ropa, nos cerramos los abrigos, me puse los guantes. Fin. Victoria. Lo inevitable triunfó una vez más. Un orgasmo más juntos. Su semen en mi estómago. Invisible en mi escondite, miré todo en derredor el parking antes de salir. No estaban mis hombrecitos. Salí de la camioneta. Acabada hasta donde se puede estarlo caminé como sobre nubes hasta el auto. Tenía que calmarme, volver en mí, o estrellaría el auto contra el primer árbol que se me cruzara. Miré hacia la camioneta, que maniobraba lentamente para salir. Vio por el retrovisor que lo miraba, porque bajó el vidrio y sacó una mano para saludarme. No nos habíamos dicho nada al separarnos. Nada ¿cómo qué? ¿nos vemos más tarde y a qué hora? Absurdo. Tendría que bastar con esta locura para saciar por el momento el vicio terrible que tenemos el uno del otro. Nos veríamos el lunes. El fin de semana es para la familia. Volví manejando despacito, laxa de tan fundida, y con la boca roja de tan comida. Nadie notaría nada. Mis hombrecitos son la quintaesencia de la ingenuidad y la inocencia. Y seríamos felices durante todo el week-end, ahora que había sido adecuadamente bendecido.

.....

Y así fue. Martín y Mariano están en un momento de mimosería aguda y competitiva. Después de lavarme los dientes acepté una carretada de besos, algunos de ellos sobre los labios. Tengo que ser muy cuidadosa con el reparto de mimos para resultar absolutamente ecuánime, sin lo cual verdaderos dramas de celos podrían desatarse. Raúl estuvo sacando fotos de cada apretuje que tuve con ellos. Y estuvo haciéndome la corte como hacía mucho que no lo hacía. Hacerle la corte al cónyuge, por supuesto, no tiene mucha gracia, es como bailar con tu hermano, y despierta más ternura que otra cosa.

-Estás linda como nunca —me decía.

Creo que lo que lo atraía era la dorada languidez en que me veía sumida. Quizá interpretaba mi languidez como poses para seducirlo. Es tan ingenuo, tan sin doblez y sin malicia. Me pregunté si Raúl, más allá de lo que imaginara, no intuía, inconscientemente, la verdadera naturaleza de mi languidez, y si no se excitaba con esa intuición oscura y si no quería, en tanto legítimo esposo, su parte en el festín. Está lo que creemos comprender y que supuestamente determina nuestras conductas, y está lo que en realidad entendemos sin que esa comprensión pase por nuestras conciencias y que es lo que en realidad modela nuestras conductas. Quizá a esta dualidad se ajuste Raúl. No sé. En fin... Es todo fantasía mía, seguramente. Cree el ladrón que todos son de su misma condición.

Lo cierto es que aquel hermoso sábado de comienzos de la primavera olvidé por completo a Ferrán y me entregué a la melcocha familiar sentimental, alimento esencial que robustece en el cachorro humano la seguridad en sí mismo. Esa era la leche materna con la que me importaba alimentar ahora a mis hijos. En cuanto a Raúl: recibió su merecido. Por la tarde alquilamos bicicletas para pasear por la rambla. Al anochecer subimos al San Antonio. Cenamos pizza y chivitos. Dormidos los niños Raúl y yo bebimos un coñac frente a la estufa de leña, hicimos planes para el verano y cerramos con llave la puerta del dormitorio para hacer efectivo el débito conyugal. Sólo al empezar a desnudarme caí en la cuenta de que por primera vez en mi vida tendría en un mismo día las vergas de dos hombres. La idea me excitó tanto que sentí que todo en el cuerpo se me encendía, tanto que me pareció que me ponía colorada.

La cama sonaba como una matraca, a tal punto que, a iniciativa mía, para mitigar el traqueteo me puse en cuatro en el borde de la cama y Raúl me tomó por detrás, parado encima de una frazada para no enfriarse los pies. Pero el ruido seguía siendo demasiado fuerte. De manera que fue parada, inclinada sobre la cómoda, que le cumplí. Lo malo de esta posición, en la que jamás habíamos incurrido, fue que, por la sensación de precariedad que comunica, me hizo recordar los polvos semi-clandestinos con Ferrán. Volví a sentir en las narinas el olor del agua de colonia con que se perfuma el pubis. Cerré los ojos y dejé que se me llenara la pantalla de la mente con su verga ocupándome por completo la boca y vaciándose allí. El recuerdo me incendió y culeé con toda lujuria contra la verga del desprevenido Raúl. Raúl se entusiasmó con mi furor, pero la fiesta le duró muy poco. La delicia con que canturreé mi orgasmo desató la pasión de mi legítimo, que galopó su tormenta con todo el mérito que hubiera podido pedirle en el caso de que yo hubiera estado en actitud de pedirle méritos. Que no lo estaba, conformándome en realidad con cumplir con el protocolo y dándome por muy bien pagada con el polvo vicario que desde la distancia y desde la memoria, Duilio Ferrán me había propiciado. Nos dormimos abrazados, muy apretados, muy enlazados por el amor que nos tenemos, colmados, cada uno en su medida y a su manera.

Ya deslizándome hacia el sueño volvió a mí, devolviéndome a la total conciencia, la noción de que por primera vez en mi vida había tenido en el mismo día las vergas de dos hombres. La idea me desbordó, me superó, traté de sentirlas, a una y a la otra, comparándolas, una tan poderosa y arrogante, la otra tan dulce y considerada, pero penetrándome ambas, esforzándose por vaciarse dentro de mi cuerpo, y entonces tuve una increíble sensación de libertad, de potencia sexual. Sí, sentir ambas vergas en mi cuerpo me hizo sentir sexualmente poderosa como nunca en mi vida. Raúl roncaba, me alejé un poco y me toqué la concha empapada. Suavecito, casi sin moverme, me hice una paja en la que de pronto, inesperadamente, como la conclusión de un razonamiento lógico, ambas vergas, a la vez, estaban dentro de mí. La de Ferrán dentro de mi boca, la de Raúl en mi concha. No soporté ni un solo segundo semejante imaginación. Todo explotó en mí en pura luz y me devoró la sedosa calidez del sueño.

.....

El domingo por la mañana holgazaneamos, todos amontonados en la cama grande, después desayunamos, sin apuro, y serían las once cuando bajamos a caminar por la

playa. La idea era estirar la caminata hasta *El puertito de Don Anselmo* para almorzar ahí. Allí también había decidido almorzar Ferrán, con su esposa y su hija. Los vi apenas bajamos la escalera. Creo que hasta los busqué con la mirada. Como si fuera inevitable que estuvieran allí. Nuestras miradas se cruzaron de inmediato, como si él también hubiera estado esperando mi llegada. Había una mesa libre junto a ellos, pero no me atreví a señalarla como mi preferencia. Hubiera sido una situación demente. Seguramente que, de tan perturbada, hubiera terminado por hacer alguna estupidez grave. Elegí una mesa como para tenerlo a la vista, pero a una distancia más que prudente. La mesa que elegí no tenía tan buena vista al mar como la que deseché, pero mis hombrécitos no protestaron, acostumbrados como están a hacer lo que diga mamá.

Duilio Ferrán me miraba con cara de perro culpable al que su dueño castiga manteniéndolo a distancia. Le sonreí, prometiéndole todo lo que quisiera y más. Entonces me dediqué a observar a su familia. Su legítima le era por lo menos diez años menor en edad. Era una verdadera belleza nórdica, rubia y de ojos azules, con el cuerpo de una modelo y los modales de una princesa. Su mano descansaba encima de la de Duilio mientras le hablaba, contándole o argumentándole algo. Duilio masticaba su bocado sin apuro, bebía un sorbo de su vino blanco y asentía con la cabeza, mirándome de reojo una y otra vez. La nena, un poco menor a los míos, era una belleza idéntica a su madre, como si la hubiera tenido sin aportación genética exógena. La verdad es que yo no había intentado en absoluto imaginar cómo pudiera ser la mujer de Duilio y en el fondo no me importaba nada cómo fuera, así como calculo que a él no le importaba para nada el aspecto de mi consorte, pero la realidad no dejaba de sorprenderme: realmente la mujer parecía sacada de una tapa de Vogue. Por un instante, pero sólo por un instante la belleza icónica de su legítima me obligó a preguntarme ingenua, estúpidamente qué veía Duilio en mí. Creo que él leyó en mi mirada ese pensamiento, porque dejó de echarme miradas fugaces y se quedó mirándome fijo hasta que pude leer en su mirada que la pregunta que me hacía era verdaderamente estúpida.

Los míos, menú en mano, atrajeron mi atención.

-Ya decidí –anunció Mariano.

-Yo ya decidí –anunció el menor, Martín.

-Quiero milanesa de merluza –dictaminó Mariano, ignorando a su imitador.

-Quiero milanesa de merluza –declaró Martín cerrando su menú.

Así las cosas. Raúl seguía estudiando el menú que en realidad conocía perfectamente. A menudo en Montevideo, con gula nostálgica recordamos los platos del mar que nos esperan en las vacaciones, en ese mismo restaurant. Le pedimos al mozo la comida para los chicos, de modo que no se impacientaran, y nosotros estuvimos un ratito todavía barajando opciones, hasta decidirnos, como siempre, por dos platos bien diferentes, que compartiríamos. Raúl se lanzó a una disquisición acerca del estado de la industria turística uruguaya, que es su tema, puesto que trabaja en el Ministerio de Turismo. Mariano lo interrumpe cada tanto con preguntas, ansioso por demostrar que ya es grande y puede participar de nuestras conversaciones. Duilio Ferrán tiene sentada sobre un muslo a su nena, su muñequita rubia, que parece competir con su madre en entretener a su padre con historias. Y así siguiendo mientras en nuestra mesa servían nuestras delicias humeantes y en la de ellos elegían el postre.

-Qué rápido nos sirvieron –comentó Raúl.

-Es que tienen todo ya preparado y lo calientan en el microondas –explicó Mariano.

-Ah, será por eso... -concedió Raúl.

-¿Ves que el plato mismo está muy caliente? –continuó Mariano, didáctico-. Es por el microondas.

-¿Y vos cómo sabés eso? –preguntó Raúl.

-Porque en la escuela nos calientan la comida con el microondas –concluyó Mariano muy orondo.

-A mí también me calientan la comida con microondas –aseguró Martín, ansioso por marcar presencia.

Y así siguiendo hasta que no pude más y me paré y huí al baño, no sin enviar una mirada por demás significativa a mi amante. ¿Amante? No. Los amantes pueden tener sus arrebatos y sus ansiedades, pero saben ser prolijos, cuidadosos, no andan arriesgándolo todo por un polvito rápido, hecho a mano. Nosotros no somos amantes, somos otra cosa. Estamos poseídos por el demonio del deseo. Jinetes de la tormenta del deseo, kamikazes del deseo. Había un pasillo al final del cual se abrían las puertas de los

baños. Lo esperé en el pasillo. Tardó nueve segundos en llegar. Caímos uno contra el otro, encajadas las bocas, lanzados instantáneamente al caos del deseo. Sentí la verga dura contra mi vientre. Me reí con una risa de loca del todo.

-Esto quería saber –susurré atrapándole la erección-. Porque yo también estoy a punto.

Se llenó la mano con mi pubis, sin dejar de comerme la boca. Me separé.

-No –dije, terminante.

Era mi manera de decirle “Sí” y él lo sabía. Nos miramos furiosos, desolados por no poder consumir nuestra locura. De pronto su mirada bajó hacia mi pecho. Yo tenía puesta una blusa y tenía los dos primeros botones sin abrochar, por lo que se veía el comienzo del canal entre mis senos. Arqueó las cejas con su gesto habitual de perezosa sorpresa, como si viera un escarabajo asomándose entre las tetas.

-Tenés tetas –afirmó con su voz pastosa, voz de ganas de coger.

Me las miré, como chequeando la noticia que me daba. Desabroché un tercer botón, ampliándole el panorama.

-¿No te habías dado cuenta? –pregunté.

-La verdad, no. No me había dado cuenta –dijo. Le tome las manos y puse una sobre cada uno de mis pechos. Agregó, mientras los oprimía-. Es que no he podido dejar de mirar tu rostro... de diosa...

Se excitaba con el magreo y balbuceaba. Rápida como una puede serlo cuando no puede más de ganas de dar la piel a ver, o a tocar, o a lo que sea, bajé las copas de sutién mostrándole mis néveas plenitudes, los pezones grandes y rosados, ansiosos de bocas. Tragó saliva, los ojitos modorrientos se le abrieron como nunca. ¡Qué delicia ver su mirada maravillada! Con manos quizá un poco temblorosas tomó los pechos y los juntó, se agachó y lamió a la vez los dos pezones, con avidez, con toda la lengua, como un borrachito que esperara ver brotar de ellos el vino a chorros. ¡Por Dios, no! No podía lamerme las tetas mientras bloqueábamos el pasillo a los baños de un restaurant repleto de familias. Hasta mis chingolitos podían tener ganas de mear. De hecho es uno de los numeritos habituales de Martín levantarse en medio de una colación para ir al baño.

Pero era imposible parar. Ya rodábamos cuesta abajo hacia los abismos del espasmo. Él fue el que reaccionó. Había una puerta en la mitad del pasillo. Me tomó de la mano y me arrastró, abrió la puerta y salimos a un pequeño patio repleto de envases de bebidas. Alguien que se asomara desde la rambla nos vería. Pero no era verano. Pocas personas caminaban por la rambla.

-Al César lo que es del César –murmuró, decidido-. No voy a llevarme a casa un polvo que es tuyo.

Mío, tuyo. Angelito libidinoso fanático de la justicia distributiva.

-¿Es mío? ¿Todo mío? –le pregunté con mis labios rozándole los labios mientras le abría la bragueta.

-Es tuyo –aseguró, aflojándose cuando sintió mis dedos fríos atrapándolo por el tallo.

-¿O sea que cuando llegaste aquí estabas en cero?

-Chato como un vintén –susurró con un hilo de voz cuando comencé a meneársela.

-¿O sea que tuviste un tempranero con tu rubia? –lo pajeaba con mano firme y exigente.

-Mmm... -fue lo que pudo responder.

-Respondé. ¿Le echaste un polvo?

-Mmm... ¿Qué te importa eso? Este es tuyo. Empezó a cocinarse cuando te vi.

-Lo mismo digo –dije sobre sus labios-. Empecé a mojarme apenas te vi.

La verga se le endurecía, se le estiraba, se le hinchaba.

-Ella es hermosa. ¿Cogen mucho? –insistí, insaciable, desatada mi furia laríngea.

-Sí.

-¿Te la chupa?

Pareció no responder, pero era que estaba concentrado en el semen que le subía por la verga.

-Sí –gruñó finalmente.

-¿Se la traga, como yo?

-Sí, se la traga, como vos. Voy a acabar.

Miré la verga, y con un último meneo, remangando bien la verga, vi saltar por el aire la primera escupida, y luego la segunda, no menos saltarina. Duilio Ferrán gruñía como un animal atrapado al que drenan degollándolo. Le comí la boca, a punto yo también de acabar. Se aflojó finalmente, exhausto.

-Dios mío –murmuró a manera de plegaria de agradecimiento.

-Diosa –le corregí.

Recubrí la cabeza del cipote y traje a mi boca los dedos mojados con semen. Mi miró lamerlos. Se inclinó hacia mí y encajó blandamente su boca sobre la mía.

-Acabá vos –dijo, y su mano avanzó hacia mi pubis.

-No –le dije, apartando su mano-. Dejame a mí, vos besame.

Deslizándome hacia lo profundo del beso tal y como Alicia hacia lo profundo del mundo subterráneo, ondulé sobre su cuerpo. Atrapé un muslo suyo entre los mío y froté la concha, bien abierta, contra él. No sé cuánto tiempo flotamos en ese océano de delicias. Me aflojé y volví a la Tierra como si hubiera volado montando a Pegaso. El placer fue tan hondo que una risa dulzona como un llanto de alegría brotó de mí y nos cubrió como un manto de estrellas, como un cálido abrigo cubre a los amantes cuando se entregan al sueño.

Volvimos, apaciguados, cada uno a su orilla, separados por el río caudaloso de la vida. En mi orilla se servían ya los postres. En la suya empezaban los preparativos para la partida. La legítima se colgó de un brazo de Duilio Ferrán, la belleza menor se colgó del otro. Viéndola ya de pie y moviéndose, puedo decir que la legítima era una verdadera yegua de lujo: cinturita, caderas, piernas largas, señorío como para presentarla en competencia en cualquier evento. Al abrir la puerta del restaurant para darle paso a sus joyitas, la mirada de mi bestia cruzó todo el salón por encima de las cabezas de los comensales y anidó en la mía. Y tardó cuanto pudo en desconectarse.

Quedé sola con mis hombrecitos, muy entregados ya a los dulces. Sentí el cimbronazo de su partida como un brusco vacío, pero no fue más que unos segundos. ¿Qué? Allá él con sus joyitas. ¿Acaso no son los míos también unas joyitas? ¿No son mis niños los más hermosos del mundo? Y Raúl, pobre Raúl ¿no tiene lo suyo? ¿No tiene mérito su fidelidad perruna? Y su arrebató pasional de anoche ¿no tuvo mérito? Me prometí ser más expresiva con él. Provocarlo un poco. No mucho. Lo nuestro es lo que es, o sea, lo que quiso, o supo, o pudo ser. No quiero confundirlo, hacerlo sentirse inseguro de algo que hace muy bien, a mi entera satisfacción, que es ser mi esposo. Para mí mi familia es el Paraíso. Cuando se está en el Paraíso no se quiere cambiarlo. Si es el Paraíso se supone que no hay mejor.

Por la tarde fuimos a Punta Negra. Mientras los niños se cansaban correteando en la arena Raúl y yo retomamos, finalmente, inevitablemente, una vez más, nuestro viejo tópico de tener una casita en un balneario. Tópico que heredamos de nuestros padres, que no pudieron realizarlo. Tanto para Raúl como para mí alcanzar esa meta sería el mejor homenaje que podríamos hacerles a nuestros progenitores –los dos míos viven, de Raúl sobrevive la madre. Desde que nos casamos le damos vueltas y más vueltas al tema, pero nunca pudimos resolver la ecuación económica. De manera que a menudo el regreso al tópico se cierra detallando las contras, los inconvenientes de tener una casa afuera. Pero esta vez, a manera de gran sorpresa, resultó que Raúl tenía algo nuevo y concreto para decir:

-No te lo iba a decir hasta estar cien por ciento seguro, pero no me aguanto –dijo, emocionado.

Me explicó entonces que había estado tanteando a amigos, a relaciones de trabajo, gente influyente, y los había encontrado dispuestos a recomendarlo para un préstamo hipotecario... succulento, y generoso en los plazos y en los intereses.

-Es una noticia maravillosa –le dije, encantada, y lo premié con un beso.

-Me dio mucho gusto la buena disposición que encontré siempre –dijo, moqueando un poco por la emoción-. Es algo especial comprobar que uno es realmente valorado y apreciado por la seriedad en el trabajo.

Así pues, el viejo tópico trans-generacional amenazaba con dejar de ser vicioso. El nudo gordiano de los pros y los contras podría finalmente ser cortado de un tajo.

Querido Raúl, mi Alejandro Magno, mi héroe. No debimos, pero en el entusiasmo irreprimible, dejamos que los niños se enteraran de la novedad. Se pusieron como locos. Empezaron a proponer lugares en los que les gustaría que estuviera nuestra casita, y el nombre que le pondríamos, y cada uno por su lado empezó a preparar la lista de los amigos que invitarían a pasar el verano.

.....

El lunes Duilio Ferrán no se apareció. Estuve toda la mañana esperándolo. Me había maquillado quizá un poco más. Y había abandonado mi uniforme de burócrata, poniéndome ropa un poco más llamativa. De señora siempre, pero con colores. Raúl aprobó el cambio.

-No me gusta que disimules tanto que tengo la esposa más hermosa de la comarca.

Hacia mediodía ya no pude esperar más. Llamé a Paulina. Me dio vergüenza, pero de todas maneras ella ya nos tenía junados.

-¿Podés pasarme con la oficina de Ferrán, que no conozco el interno?

-Es el 104, pero hoy no viene –respondió amistosa, como para dejar claro que no le molestaba hacernos de intermediaria, que no le provocábamos ataques de mala onda, ni de moralina, ni de celos. Aún así no me animé a preguntar más.

Hoy no viene significa que mañana sí. Quizá tenía otros compromisos, o quizá había decidido estirar un día más el week-end. El tiempo seguía excelente. Imaginé a los Ferrán disfrutando de la brisa del mar y del tímido sol de primavera. Abrigaditos. La bella señora de Ferrán habría quizá obtenido de su marido por la noche el débito conyugal. Recordé la gran bola de semen volando en el aire limpio y frío para aterrizar sobre un polvoriento cajón de plástico repleto de envases de cerveza. Qué pecado no haberle hecho los honores. Qué fea perversión querer ver volar el semen, darlo por tierra. Imaginé a mi bestia relajada y vaciada, habiendo satisfecho en el mismo día a su legítima y a mí –aunque para él seguramente que no era ninguna novedad tener dos conchas el mismo día-, y durmiéndose apenas puesta la cabeza sobre la almohada. Animal hermoso. Me puse a fantasear: fingirme afectada por la menstruación, pedir el día libre, alquilar un auto, irme a Piriápolis, buscarlo, arrancarlo por un rato del nido

familiar, apenas el tiempo necesario para tenerlo otra vez duro en mi mano, el tiempo suficiente para volver a vaciarle los huevos.

Hice por tranquilizarme. Me acerqué a una ventana, la abrí y respiré el aire fresco. Así no podía ser. Así iba a volverme loca. Sólo podía ser la cosa con Duilio si yo era capaz de olvidarlo cuando no estábamos juntos. No podía vivir en la total exasperación del deseo. Me calmé. Poco a poco pude concentrarme en el trabajo. El día –aquel primer día sin Duilio Ferrán- reptaba lenta y pesadamente hacia su final, sin pena ni gloria. Ya cerca de las cinco de la tarde sonó mi interno.

-¿Es la señora Marilú Rebollo? –preguntó con su untuosa voz de seductor de sirvientas.

Me aflojé toda. Sentí que volvía en mí luego de todo un día de alienación.

-¿Dónde estás? –pregunté, ansiosa, preparándome para salir corriendo si me decía que en su oficina.

-En una estación de servicio. Avenida Italia y Bolivia. Cargando gasolina. Karin acompañó a la nena al baño.

-¿Por qué no viniste hoy?

-Me pareció que te gustaría disfrutar de un día libre, recordar cómo era vivir sin mí.

-Hijo de puta. Me había vestido diferente. Para vos.

-¿Cómo diferente?

-Vení a ver.

-¿Y debajo?

-Nada.

-¿Disponible?

-Abierta, disponible y mojada.

-Jugosa... -gruñó apenas.

-Jugosa.

Se quedó callado. En el silencio oía su respiración, pesada. Yo también callé para ofrecerle el susurro de mi respiración. Cerré los ojos. Adiviné que él también los tenía cerrados. Ya no estábamos uno en cada punta de la ciudad. Habitábamos un espacio tan pequeño como para oírnos respirar.

-Estamos... acá –dije despacito, sintiéndome como en trance-. Acá... -y el único acá que había era ese espacio en el que nuestras respiraciones se mezclaban-. En este lugar... ingrátido... sin tiempo... inalcanzables... los dos juntos...

Lo oí respirar hondo, tocado por mi susurro.

-¿Querés que haga algo? ¿Querés que vaya? –preguntó insinuante, viscoso, pegajoso, irresistible, y tonto, por supuesto.

-Son diez para las cinco. En diez minutos Raúl pasa a recogerme. Este día ya está arruinado para siempre.

-¿Me estás castigando?

-No. Te estoy diciendo lo que siento.

Volvió a respirar hondo, como para sacudirse de encima la melcocha en que lo sumergí.

-Yo también me acordé mucho de vos –dijo finalmente-. Conservala calentita y húmeda para mí.

-Prometido.

-Mañana voy temprano.

Cortó. Tuve el alivio de comprobar que el día me resultaba menos desolador si me consolaba la certeza de que él no la había pasado mejor.

.....

Algo percibía Raúl en mí que intensificaba su deseo sexual. Y no eran los detaillecitos de coquetería que venía permitiéndome, sino más bien el aura de sensualidad en que Duilio Ferrán me había instalado. Estaba en la cocina preparando la cena cuando se me acercó y me besó en el cuello a la vez que, con manos tímidas, me

tanteaba las caderas. No lo recuerdo nunca antes arremetiéndome contra mi cuerpo en la cocina para expresarme sus intenciones. El respeta todo el tiempo, a todos, de todas las maneras. De manera que si se manifestó así fue seguramente cediendo a un impulso. Seguramente que ya mientras lo hacía se lo estaba reprochando. “Trato a mi mujer como a una puta” debe de haber pensado. Ese, para él, es el peor de los pecados. De manera que, para evitar que se incinerara reprochándose la falta de respeto, decidí salirle al cruce.

-¿Se le perdió algo por ahí? –pregunté mimosa y socarrona.

-Me parece que sí –susurró en mi oído y apoyó el vientre contra mi flanco. Estaba pronto para la acción.

Giré la cabeza y le solté un beso rápido sobre los labios.

-¿Lo pone así el olorcito de mi guiso?

-Eso creo –dijo, atreviéndose a frotar la erección contra mi cadera.

-Pues prepárese porque pronto va a tener que comérselo.

.....

Raúl cerró con llave la puerta de nuestro dormitorio antes de que los niños se durmieran, pero cuando se me vino encima lo paré.

-No están dormidos –protesté hablando bajito.

-No hacemos ruido –prometió.

Nunca antes tanta urgencia. Él ya estaba en pijamas, pero yo aun estaba vestida. Le había prometido a Duilio conservarla calentita para él. Pero no podía frustrarle el momento a Raúl una vez que se mostraba tan animoso. Decidí darle todo, reforzarlo en sus modestas audacias, invitarlo a más, pero conservando el polvo para el otro, tal y como lo había prometido. Sí, soy puntillosa, no sé sembrar palabras al voleo, me atengo a lo que digo así tenga que inventar una ecuación de difícil solución, más difícil que navegar entre Escila y Caribdis. Le tomé la verga por encima del pijama. Como piedra. Realmente algo le estaba pasando. Parecía como sí, sin saberlo, mágicamente, el deseo de Ferrán despertara el suyo.

Cediendo al impulso, a la intuición, me arrodillé, desnudé la verga, la descapoté y la tomé en la boca. Nunca había estado de rodillas a sus pies chupándosela. No digo que nunca se la hubiera chupado. Al principio, sí. Desnudos en la cama, recorriendo su cuerpo con besos, casi como que le robaba una chupadita, cosa que rápido comprendí que lo ponía nervioso: cambiaba de página en cuanto podía. ¿Pero chupársela así, vestidos, de parado, detrás de una puerta con llave? Entré en combustión. Se la chupé con fruición, con ganas. Al principio creo que de puro sorprendido simplemente se dejaba hacer. Después empecé a oír el susurro tembloroso de su jadeo, y sus manos rodearon mi cabeza, como si de mis caderas se tratara, y poquito a poquito empezó a cogerme la boca. Lo tomé de las nalgas y le imprimí ritmo a la cogida. Y ahí mismo hubiera acabado todo soltándome el semen en la garganta si de pronto no me hubiera tomado del pelo deteniendo la cogida. La verga saltó fuera de mi boca. Ahí quedé, tomada de las mechas, babeándome, los ojos muy abiertos por la sorpresa. La verga, en su máximo esplendor, vibraba y se columpiaba delante de mis narices. Y Raúl, mirándome, su rostro era un poema expresando la más violentas sensaciones contradictorias. “¿Debo hacer esto? ¿Debo entregarme al morbo y al vicio? ¿Debo tratar a mi mujer como a una puta?”. ¿Y yo, qué debía hacer? ¿Poner cara de cordero en el matadero, de sumisión total a sus designios? ¿Dejar que él solito resolviera, y haciéndolo se salvara o se perdiera, en su leal saber y entender? ¿O dar yo ese paso adelante frente al abismo, yo, que al fin y al cabo había sido la que diera el puntapié inicial? Era, realmente, como si nos viéramos por primera vez. Él con la verga tan rebotante que se le descapotaba sola, como si su habitante interior también quisiera salir, mostrarse para dar su opinión sobre el asunto. “¿Sos vos, Marilú, así, como una puta?”, me decía la mirada de Raúl, no sé si extasiada, incrédula o angustiada. Pero, lo sé yo, lo sabe cualquiera, no hay angustia que pueda con una verga a punto de desbordarse.

-Raúl, mi amor... -le dije con mi boca nueva, con mi boca de feladora.

Fue en ese momento, en ese preciso momento en el que aparentemente íbamos a pasar a mayores, que recordé que no tenía bombacha. El detalle iba a ser demasiado para él. Tenía que acabarlo chupándosela. Comencé a acercar poquito a poquito mi boca a su verga. Aunque me tenía agarrada del pelo no intentó detener mi movimiento. Saqué la lengua y lamí todo el tallo, desde abajo hasta el glande, sin dejar de mirarlo a los ojos. Un gemido se le escapó de la garganta, no sé si de placer o de dolor moral, o de ambos a

la vez. Volví a lamérsela, de abajo a arriba. No era ésta la imagen que se había él inventado de Marilú, la madre de sus hijos. Pero entonces, como música en mis oídos, lo oí decir:

-Marilù, mi amor...

La deslicé boca adentro hasta topar con mi garganta. A falta de culeo de él, que estaba como plantado, atornillado, me puse yo a meterla y sacarla, martillando con mi frente contra su vientre, con tanto éxito que empezó a gruñir, como si tuviera un mal sueño, como para sacarse de encima una pesadilla, indicándome inequívocamente que se acercaba al momento fatal en que le llenaría la boca de semen a la madre de sus hijos.

-No, no... -gimoteó dulcemente, pero sin resistirse.

Chupé, sorbí y aceleré mi cabeceo. Que se acabara pronto era mi consigna, porque si no, no iba a poder cumplirle a Ferrán con el voto de abstinencia, iba a ceder al orgasmo. Otra vez me tiró fuerte del pelo para inmovilizarme. Pensé que iba a desalojarme, a rechazar aquella caricia viciosa. Pero no, esta vez no me inmovilizaba para desalojarme, sino para clavarse cuanto pudo en mi boca y acabar. Volví a tomarlo de las nalgas y me encarnicé en chupar y chupar hasta vaciarlo. Creo que en ese momento de delirio acabé. Quizá. Quizá no. En todo caso mi intención había sido, en todo momento, guardar mi polvo para Duilio.

Me tomó de los hombros ayudándome a pararme. Me miró a los ojos y luego miró mi boca, aquella boca nueva para él, aquella boca que no conocía, que enloquecía chupando el miembro y tragando el semen.

-Cómo estamos ¿eh? -bromeé, temiendo momentos de patetismo-. ¿Te gustó?

Raúl es realmente incapaz de rechazar un gesto de entrega, de ofrenda. Además seguramente tendría claro que si decía que no le gustó tendríamos que asumir que en el terreno de lo secreto y esencial no había entre nosotros tanta armonía como siempre pensamos. Antes bien al contrario.

-Marilú... -balbuceó, y me di cuenta que al menos por el momento sus prejuicios le impedían cerrar el hiato que había entre el pedestal en que me había puesto y la chupada de pija salvaje que le había propinado.

Pensé que si lo besaba en ese momento, con mi boca de semen, no lo podría soportar y me rechazaría. Fui al baño y me lavé los dientes, hice buches muy sonoros con el enjuague bucal, como si con la seguridad de mi higiene recuperara a su esposa impoluta. Volví al dormitorio. Raúl se había metido en la cama y me miraba hacer. Recogí ropa y fui a cambiarme al baño. Cambiarme frente a él sin bombacha seguramente hubiera sido demasiada innovación. Tenía que tener cuidado. Una doble vida sólo puede llevarse con cuidado en los detalles. Después, ya en la cama, me le arrimé y aceptó el abrazo tierno. Me seguía mirando fijo la boca. Me acerqué despacito y le di un beso suave en los labios. Respiró hondo al sentir que sólo olía a químicos odontológicos.

-Bueno, sólo quise darte una sorpresita –dije.

Sonrió apenas.

-Pues tu sorpresita me ha dejado exhausto –dijo, y estirando el brazo por encima de mí apagó la luz. Respiró hondo y ya la segunda inspiración era ronquido. Es lo que tiene Raúl y que me convence de que es un hombre justo, inocente y totalmente libre de culpas: se duerme apenas cierra los ojos.

Sé que estaba desconcertado, pero sé también que ni por los detalles de coquetería que me había permitido últimamente, ni por la innovación que impulsivamente había introducido en nuestra rutina sexual, le pasó a él por la mente que estuviera cogiendo con otro. Tengo que confesar que, de ser las cosas al revés, yo sí hubiera sospechado.

.....

Vino a primerísima hora. Lo hizo por mí. Nunca lo había visto antes de las once de la mañana. Pero hoy, apenas pasadas las nueve, sonó mi interno. Ni Paulina había llegado todavía. Entré en su oficina sin llamar a la puerta. Estaba parado en medio de la oficina. Las manos en los bolsillos. Haciendo nada. Esperándome. Vino de inmediato hacia mí. Pasó llave a la puerta. Sus movimientos eran bruscos, estaba desencajado, como furioso. Sin mediar palabra me soltó una tremenda cachetada, tan fuerte que me dio vuelta la cara. Se quedó mirándome, como esperando mi respuesta. Pero no la hubo. Nada me venía a la mente o a la lengua para decirle. Él tenía cara de tener razón. Me había zurrado con fuerza, sin duda que porque me lo merecía.

Por la mente me pasó la absurda idea de que, de alguna manera sabía, que a pesar de su pedido había tenido mi orgasmo chupándosela a mi legítimo. Cosa que en realidad ni yo misma sabía si había sucedido o no. Levanté la cara hacia él, ofreciéndole, como se dice, la otra mejilla.

-No me marques la cara –le pedí.

¿No me marques la cara? ¿Por qué habría de hacerlo? ¿A cuenta de qué podía ser aquella cachetada a la que, sin embargo, yo no tenía nada que objetar? ¿Me estaba castigando porque no podía soportar el deseo de mí, en el que se sentía atrapado? Si eso era, el castigo era perfectamente razonable. Me lo tenía merecido, tanto como él merecía que lo castigara por tener que soportar su existencia y lo que esta me provocaba. Sólo que yo no estaba dispuesta a cobrarle su deuda. Me alcanzaba con que él quisiera cobrarse la mía. Con la otra mano me dio en la otra mejilla, con idéntica fuerza. Dos cachetadas perfectas, planas y sonoras, pero sin echarme encima el peso de su cuerpo, cosa que me hubiera dejado no con la cara colorada sino inconsciente. Excelente dando cachetadas era mi amor. Perfectamente ambidiestro.

La cara colorada y la concha empapada. Mi payaso lúbrico disfrutaba siendo cruel conmigo. Metió la mano por debajo de la falda y me encontró desnuda. Separé un poco las piernas y adelanté el pubis. Deslizó dos dedos dentro, como un gancho, y con el pulgar frotó el capuchón. Después deslizó un tercer dedo dentro. Supe lo que quería. Que lo sintiera caprichoso y grosero. No necesité que me dijera lo que esperaba de mí. Me cogí sus dedos, con sumiso afán, hasta que me ganó el jadeo.

-Put a -dijo, pastoso y soez.

-Tu puta –le aclaré.

Lugares comunes de la pasión. Soltó la concha y metió la mano entre mis nalgas. El dedo medio, lubricado con mi humedad, me tanteó el culo. No estaba allí mi límite. Lo tendría si lo quería. Me aflojé y deslizó dentro la primera falange, sólo eso. No estaba poseído por el demonio anal, ni estaba poniendo a prueba mi sumisión, de la que seguramente que no dudaba: sólo trataba de ser obsceno, por el mero gusto de serlo. Tragó saliva, con ese gesto de estar paladeando platos delicados.

-Apoyate en el escritorio –dijo.

Lo hice.

-Mostrame las nalgas –gruñó.

Me levanté la falda hasta la cintura. Pero no se acercaba. ¿Iba a mirarme solamente? Mirarme expuesta, disponible, abierta. Su mirada era como una caricia helada. Despectiva. Me hacía sentir que mi culo y mi concha así expuestos eran la fealdad hecha carne. Fuera de los cegueras de la pasión todo en el cuerpo es feo. Miré por encima del hombro y entonces vi qué hacía. Se sacaba el cinturón del pantalón, sin apuro. ¿No sería eso ya demasiado? No. Quería que me hiciera lo que quisiese. Pero sin daño, y sin escándalo. Porque si el vaso de nuestra pasión se desbordaba y empapaba a los demás, además de perderlo todo, lo perdería a él.

-Sólo en las nalgas –le pedí.

Esperé el primer golpe, que, para mi ansiedad, demoraba demasiado en llegar. Nunca en mi vida había recibido golpes, de ningún tipo, ni siquiera coscorriones de mis padres. Y sin embargo heme aquí, con la cara colorada por los cachetazos, y con el culo levantado esperando cintarazos. Que no llegaban. Miré otra vez por encima de mi hombro. Con el cinturón doblado y enrollado en un puño estaba inmóvil, con la mirada fija en un punto lejano o imaginario. Al ver que lo miraba me miró, con las cejas muy arqueadas, como preguntándome si estaba muy apurada.

-Sólo en las nalgas –dijo, complacido y complaciente.

La verga, ya tiesa, le asomaba por la bragueta abierta. Cuando levantó el brazo para soltar el primer golpe bajé la cabeza y cerré los ojos. No fue ningún golpecito suave para prueba. Fue un verdadero cintarazo. No puedo decir que no me doliera. Era un golpe, y dolía. Pero sobre todo me sentí muy excitada. No por el cintarazo en sí, sino porque él estuviera haciendo conmigo lo que se le antojara. Soltó el segundo golpe. Más fuerte. Sonó tremendo, obsceno. La onda de dolor me cubrió y luego se retiró. Removí el culo de gusto. Sentí la concha y el culo abiertos, esperándolo. El tercer golpe fue aún más fuerte. Ardieron mis nalgas. Me volví para mirarlo. Estaba fuera de sí, su máscara de mono libidinoso expresaba la más cruda crueldad. Me miró a los ojos.

-Sólo las nalgas –confirmó, burlón.

El cuarto golpe realmente sentí como si me estuvieran desollando. Me iban a quedar las marcas. No importaba. Raúl que yo sepa nunca me vio las nalgas, excepto en la playa, y para eso, faltaba. Las marcas iban a ser el poema de amor que él habría escrito sobre mi piel. Lo leería una y otra vez en el espejo. Me pajearía leyéndolo. Ya mismo quería verlo, leerlo. Apreté mis muslos y los froté. No tardaría en llegar el espasmo. Pero antes llegó el quinto golpe. Me quemó. Me atravesó como un rayo de fuego. Sentí que daba pasos introduciéndome en el bosque de la locura. Seguí removiendo los muslos buscando el orgasmo. Pensé que el siguiente golpe me lanzaría de cabeza en las fauces del placer feroz. Pero no hubo sexto golpe. De pronto sentí sus manos en mis caderas y la verga invadiéndome la vagina. Su ropa me rozaba las nalgas multiplicando el ardor. Sus manos, extrañamente frías, sobaban mis nalgas de fuego. Me tomó entonces de los hombros y galopó en mi grupa destrozando mi orgasmo demente, reduciéndolo a un simple orgasmo de verga, sólo que interminable. No pude evitar que un grito de placer se deslizara fuera de mí. Acabó dentro de mí gruñendo como un animal, dándome puntazos como si quisiera desfondarme. Pero no se detuvo. Siguió clavándome, duro e implacable como un taladro. Con una mano en el cuello me inmovilizaba y con la otra manoseaba y arañaba mis nalgas calientes como brasas.

-Hijo de puta. Me vas a preñar... –gruñí, loca del deseo demente de que me hubiera preñado.

-Sí, te voy a llenar de leche hasta que la quedes, eso es lo que vos querés... -
masculló, implacable.

Acabé otra vez, estremeciéndome como una epiléptica. Siguió y siguió hasta que volvió a acabar, y yo ya no sentía nada de nada, excepto que no hacía pie, aunque flotaba. Paró, desmontó.

-Sentate ahí –gruñó.

Torpe y tambaleándome le obedecí. Me puso la verga cerca de la boca. La abrí dispuesta a sorberle hasta el alma, a tragarme su orina si era lo que me daba.

-No –dijo, como irritado.

Se agarró la verga y se puso a masturbarse rozándome la cara.

-Recogete el pelo –ordenó.

Tenía endurecida la expresión del rostro, como una máscara de madera. Aceleraba la paja y jadeaba descontrolado. Yo quería sentirlo acabar en mi boca, sentir la verga hincharse justo antes de escupir, pero él no iba a acabarme dentro de la boca.

-Cerrá los ojos –dijo ya sin voz.

Obedecí, pero no antes de ver salir de la boquita el primer lechazo, que vino a estamparse en mi frente, entre mis ojos. Y volví a abrirlos, porque no quería perderme su mirada imbecilizada, su babeo, el estremecimiento de todo su torso al soltar uno tras otro los gargajos de semen. Yo creo que nunca me sentí tan locamente feliz. Sólo puedo compararlo con el momento de parir, cuando una ve por primera vez al que habitaba en su interior. Exagero, sin duda, y además las felicidades siempre son máximas y no se comparan. Pero el instante exuberante y fugaz en que el semen cae sobre la piel del rostro y comienza a resbalar y gotear lentamente, en que el olor dulzón y penetrante se vuelve ineludible, en que la lengua asoma para atrapar las gotas pasajeras, parte de un hachazo la experiencia de la realidad y me lanza a la experiencia transfigurada de un cuerpo mágico, supremo pararrayos en el que vienen a aterrizar todos los poderes de la existencia. Después, al instante siguiente, ya no queda nada de toda esa gloria, pero ese solo instante de gloria bien vale el enchastre.

Duilio Ferrán me regaba la cara con semen, y con aplicación, buscando otra esquina libre de piel donde descargar el siguiente empuje. Y yo sentía como si lo que me salpicaba fuera de una pureza y de un valor incalculable. Cuando la verga vibrante ya no lanzaba me pasé las manos por la cara expandiendo las descargas, hasta que tuve una máscara de semen cubriéndome la piel completamente. Ferrán me miraba hacer, embotado, boquiabierto, no sólo acabado sino drenado de toda energía, hecho un trapo, vaciado. Liberado como yo, aunque sólo fuera por un momento del monstruo del deseo incesante que incubamos. Vacíos pero sintiendo que la medida volvería a llenarse, que ya comenzaba a llenarse con un deseo nuevo y más puro y mucho más demente.

Me separó las piernas y metió un dedo en mi concha. Lo sacó untado en semen. Lo chupó. Después se inclinó hacia mí y se puso a lamerme la cara, y cuando me lamió la boca nos hundimos en las profundidades vertiginosas de uno de esos besos póstumos, besos de después de toda la locura, en que sentíamos, como animales regresados a su animalidad, que nos dábamos lo que quedara para darnos. Después le chupé el gusano, ya a medias tumefacto, pero aún vibrante. Una chupada higiénica, una como para que

no tuviera que ir a lavarse, y bien arropado se durmiera una buena siesta. Ferrán sacó de un cajón del escritorio una toallita de mano y me secó cuidadosamente la cara empapada con su semen y su saliva, y secó gotas de semen aterrizadas en mi pelo. La toalla se llevó también parte de mi discreto maquillaje.

Si hubiera tenido energía me hubiera despedido de él soltándole una cachetada. Hubiera sido la primera que diera. En mi vida. Con Duilio Ferrán todo me parece –de hecho todo lo hago– por primera vez. Duilio Ferrán es mi Maestro Iniciador. Pero en fin, no lo hice, no le solté esa cachetada, porque estaba tan floja que mi devolución le hubiera resultado ridícula. Lo dejé enhebrando laboriosamente el cinturón en las presillas del pantalón. Me miró con cara de que lo ayudara. Las presillas evidentemente no iban con el ancho del cinturón. No lo ayudé. Para ayudarlos a emprolijarse me alcanza con mis tres hombrecitos.

Caminé por el corredor ondulando, ya no tanto por la voluptuosidad como por la modorra, ahora sí sintiéndome, definitivamente, como una minita cualquiera de las que desfilan por las oficinas del sexto piso. O como una mandrila bamboleando un gran culo colorado. Ahí estaba Paulina. No pudo evitar un gesto de sorpresa al verme.

–¿Tempraneando? –me preguntó con un tonito simpático de complicidad.

–Nada mejor –le aseguré sonriéndole, antes de deslizarme escaleras abajo. Estaba, pues, en manos de la muy zorra. Pero estaba segura de que no abriría la boca: si estaba en ese puesto era seguramente porque sabía muy bien mantenerla cerrada.

.....

Fue esa mañana que se me terminaron de desatar todos los nudos. Asumí alegremente que la que se entregaba a aquella locura no era yo. Yo no tenía ninguna responsabilidad en aquello. Era otra, otra que siempre había vivido en mí y de la que, hasta ahora, nunca había tenido noticia. Una Bella Durmiente que, por fin despertada por el Príncipe Duilio, no admitía, y no admitiría, obstrucción alguna a aquello que quedara incluido en su salvaje idea de la felicidad. De aquí en más conviviríamos en mi cuerpo, y habría yo de respetar sus capricho hasta tanto durara su pasión por Duilio Ferrán o la de él por ella. Asumí que esta dualidad y este reparto de roles era la verdad verdadera, o al menos la manera más razonable de transitar lo que estaba viviendo. Una especie de caso de personalidad dividida, dos mentes en un solo cuerpo. ¿Cómo si no

entender que una azotaina que me dejaba las nalgas en llamas me pusiera al borde del orgasmo? No sólo jamás en mi vida había tenido una experiencia mínimamente similar: ni siquiera había imaginado remotamente que tal cosa pudiera sucederle a alguien, mucho menos a mí. Tendríamos, pues, que convivir, pacíficamente y sin reproches, esta que soy y que siempre he sido para todos los que me conocen, y esta desvergonzada decidida a gozar en mí, sin más límite que el agotamiento. Ninguna podría expulsar a la otra para quedar dueña de este cuerpo. Tendríamos que ser, mientras el encantamiento durara, la una testigo de la otra. Ella testigo de mis rutinas de mujer casada, madre y empleada pública, y yo testigo de su alborozada y desaforada entrega a las bajas pasiones de Duilio Ferrán.

Por supuesto que se trata de una fantasía. Pero ¿qué sería peor, vivir en una deriva identitaria en la que una ya no sabe quién es, o compartir el cuerpo con una extraña, prolijamente, cada una con sus respectivas identidades? No me respondan. Yo ya elegí, aunque sospecho que cómoda no se puede estar en ninguna de las opciones, porque en realidad no es posible instalarse completamente en ninguna de ellas.

.....

Por la tarde Duilio Ferrán bajó a hablar con Pereira, mi jefe, el Director de Finanzas. Como por casualidad conversaron parados ahí donde yo podía verlos desde mi escritorio, y desde donde, por consiguiente, él podía mirarme a gusto y placer. Así pues, estuvimos mirándonos un rato largo, apenas disimulando que lo hacíamos, porque dada la distancia que había entre nosotros difícilmente alguien hubiera podido captar el cruce continuo de nuestras miradas. Mi jefe, en particular, no podía captar ese cruce ya que al estar Ferrán de frente a mí, él me tenía a su espalda. Obviamente que fue él, Duilio el que inventó esta situación. No fue ninguna casualidad. Quería mirarme, o quería que nos miráramos, y buscó la manera de hacerlo a piacere, pero a la vez de tal manera que no fuera posible que el imán que nos lanza a uno hacia el otro aboliera de inmediato esa distancia.

Quizá quería que nos diéramos la ocasión de mirarnos fría y objetivamente. Mirándolo por encima de la montura de mis lentes de lectura, yo me preguntaba, o sea que le preguntaba telepáticamente, por qué este tiempo de miradas frías, qué sentía que le hacía parecer necesarios estos encuadres tan amplios, por qué de pronto no le bastaba con los encuadres cercanísimos, con los fragmentos de nuestros cuerpos que permitieran

nuestros afanosos encuentros, la búsqueda ávida de la piel más íntima, de las mucosas. ¿Qué me quería mostrar? ¿La actitud relajada, displicente, medio como de adolescente tardío, que tiene al pararse, con el saco abierto, la corbata floja y las manos en los bolsillos, con sus ojos pícaros semi-cerrados y su sonrisa burlona, imagen misma de la pachorra y la socarronería?

A priori Duilio Ferrán era precisamente el tipo de hombre que no le interesa a la mujer sensata que soy yo, el tipo con el que nunca desearía ni buscaría tener nada. Y sin embargo... había bastado con que él manifestara su intención para que yo no pudiera oponer resistencia alguna. Pero ¿y él, qué veía en mí? Ya lo dije, hay una cierta nobleza clásica en mis rasgos. Me viene de la familia de mi padre. Mi rostro es abierto, de expresión naturalmente serena y digna, es el de alguien incapaz de incubar mentiras o dobleces. ¿Es eso lo que lo atrajo en mí? ¿Someter esa dignidad a la obscenidad de sus caprichos? Porque bien que lo hacía, con mi complicidad irrestricta. ¿Sólo eso veía en mí? También veía mi cuerpo, que, para el que sabe ver un cuerpo de mujer por debajo un atuendo con vocación de discreto, no es un cuerpo amatonado, es todavía el de una mujer en plenitud. Y sin embargo... hay algo que no me cierra: Duilio Ferrán con su facha de playboy de oficina debiera de interesarse más bien en las mujeres provocativas, llamativas, que si no las hay en este piso cuatro sí las hay en el tres y en el cinco. Hembras que piden a gritos que les falten el respeto como Duilio me lo faltó.

Él no debiera de atraerme y yo no debiera de atraerlo. Y sin embargo... ¿es lo nuestro una especie de experimento por parte de ambos? ¿Está él experimentando lo que es la pasión de una mujer discreta, gris, seria, medio matrona virtuosa? Y yo ¿estoy experimentando lo que es entregarse a los caprichos de un playboy de oficina? ¿Qué pudo haber pensado Duilio cuando vio a Raúl? He aquí a un tipo tranquilo, serio, sencillo. Que es, efectivamente, lo que Raúl es. Un boludo, digamos, al que ni chiste tiene ponerle cuernos. El tipo justo como para mí, habrá pensado. ¿Y qué pensé yo de la belleza rubia, tipo top model, que tiene por esposa? Pensé: he ahí una mujer que dosifica con precisión lo que su apariencia comunica, una mujer formal y algo distante que sabe disimular sus verdaderas emociones. Muy distinta a él, tan expresivo. Muy distintos. Y sin embargo en algún punto sus diferencias deben de borrarse, porque a lo que parece son una pareja, un matrimonio que funciona, por lo menos tanto como el mío.

Me la imaginé arrodillándose a sus pies para chupársela. Es el tipo de mujer que la huele primero, no porque la embriaga el olor a verga, sino para asegurarse de que la tiene bien limpia. Y se fija en el festón del prepucio para ver si tiene adherida alguna pelusa de la ropa o algún pendejo. Se la pone en la boca pero no la trabaja, no siente la avidez de conocerla y estimularla de todas las maneras que es capaz de conocer y de estimular una boca. Se la pone en la boca y la masturba con dedos apremiantes, deseosa de que aquello dure lo menos posible, y si recibe el jugo en la boca lo deposita después en un pañuelo o lo escupe en el lavabo. O, más bien, como que toma buen cuidado de no recibirlo en la boca, manifestando el deseo inaplazable de ser cogida como Dios manda. O quizá ni se arrodilla para chuparla. Sí lo ha hecho al principio de la relación, con reticencia, con pudor que disimula la repugnancia, a tal punto que pronto el plato ha sido borrado del menú. Y quizá por eso él usa tanto mi boca, me la coge, me la llena de leche y se deleita en el placer que encuentro en que lo haga. Placer que yo había olvidado porque no tiene lugar en el trato respetuoso, medido por las exigencias de la cotidianidad familiar, avaramente dosificado por los protocolos de la economía libidinal conyugal. Así pues, yo vendría a ser la muleta para que su matrimonio camine a pesar de lo que le falta, y él vendría a ser la muleta para que mi matrimonio camine a pesar de lo que le falta. ¡Ah, así de simple es la sabiduría de la naturaleza!

Así discurría mi mente mirándolo y así de pronto arribaba a la solución del enigma: ¿qué fue lo que vio en mí Duilio Ferrán que lo atrajo con fuerza irresistible? Mi boca. Sí, mi boca, específicamente mi boca, que es, por cierto, una boca hermosa, de labios carnosos, de forma perfecta, de dientes blancos y parejos. Mi boca fue lo que lo atrajo hacia mí. La vio y sintió el cosquilleo en el pene. Pensó, quizá, seguramente: tengo que cogerme esa boca. Sus ojos pícaros y libidinosos, fijos en mí, parecían estarme diciendo que eso que estoy pensando, es él quien me lo envía telepáticamente, y que la razón por la que se ha venido a parar ahí es para decírmelo con la mirada. Y para confirmármelo, si fuera necesario, en ese momento su mirada dejó de mirarme a los ojos y me miró la boca, insistentemente, tanto que su mirada terminó por separar mis labios, por abrir mi boca como para recibirlo, y entonces tanto lo sentí a punto de recibirlo en mi boca que, con epicentro en mi concha, me estremecí toda, cosa que no pudo sino haber notado, ya que él mismo y deliberadamente, me lo estaba provocando.

Sí, era esto lo que él quería, era esto lo que él buscaba. Separé más los labios y saqué la punta de la lengua como para lamer el gran fruto que me estaba acercando a la boca.

Sonrió entonces y su sonrisa era de victoria. Había conseguido lo que había venido a buscar al pararse ahí a conversar con Pereira: cogerme sin tocarme. Sí, la había puesto en mi boca sin sacarla del pantalón. Una hazaña que yo estaba dispuesta a premiarle con un tributo discreto pero que él sabría apreciar. Dejé el lápiz sobre el escritorio y, seguida en cada movimiento por la mirada atenta de Duilio Ferrán, bajé la mano detrás del escritorio hacia aquella parte de mi anatomía que la convocaba a gritos. Él no tendría una visión directa de la acción pero no por eso la disfrutaría menos. Separé las piernas y toqué los labios tumefactos, hundí los dedos en el valle anegado. Jadeando, cerré los ojos, él sabría leer en cada detalle el momento en que estaba mi paja. Me masajeeé con fuerza el clítoris y el espasmo sobrevino estremeciéndome toda. Al acabar contraí los músculos de las nalgas y me dolieron los golpes. La piel no estaba rasgada, pero me dolían los machucones. Me dejé flotar hasta lo profundo del orgasmo. Para un observador distraído quizá no hubiera sido más que un cabeceo, una mini-siesta de primera hora de la tarde, comprensible y excusable en quienes, como yo, calientan una silla durante largas horas. Cuando volví en mí vi su rostro demudado por la emoción. Ya apenas disimulando. Lo vi cortar bruscamente la conversación e irse. Quedé flojita, sintiendo cómo el espasmo de placer terminaba de diluirse en mi cuerpo. Sonó mi interno.

-Diosa –dijo solamente, con voz pastosa, melosa.

Silencio. Jadeaba suavemente.

-¿Querés que vaya? –le pregunté.

-No, imposible.

Jadeaba más fuerte.

-Me envolví la pija con un pañuelo... -dijo con un hilo de voz-. Voy a acabar.... para vos...

Mi lengua no era mi lengua. Era la de la otra. Podía decirle cualquier cosa.

-Dejame ir... -susurré en su oído-. Te la chupo toda... me trago toda tu leche...

Eran palabras imposibles en mi boca, palabras de furcia, me mina reventada fluyendo en mi garganta.

-Clavámela en la garganta... eso es lo que querés... mi boca de puta... mi cara para que me la llenes de leche... -le decía y volvía a tocarme entre las piernas, el vértice otra vez gordo y jugoso.

Lo sentí acabar y acabé mezclando mis jadeos con los suyos, hasta que terminaron respondiéndose amorosamente, mimándose los unos a los otros, apaciguándose mutuamente. Después, finalmente, respiró hondo.

-¿Puedo haberte preñado? -preguntó volviendo en sí, cambiando de tema.

Me hubiera gustado dejarlo un par de días pensando que sí, que era posible. Pero no soy capaz de eso.

-No. Estoy lejos de mis días fértiles. Si es lo que querés yo te aviso cuándo... -sugerí no menos burlona que mimosa, pero sobre todo, demente.

-Apuesto a que sí me avisarías...

-Puntualmente.

-¿Te duele todavía?

-Sólo lo justo y necesario -le aseguré, juiciosa.

No dijo más nada. Cortó.

No pude concentrarme en nada en el resto de la tarde. Había empezado a llover, y estuve mirando cómo las gotas de agua dejaban su efímera huella en el vidrio de la ventana. Sí -pensaba en una especie de ensueño lúcido, sin resistencias para la verdad-, quizá en el origen de esto esté su deseo de ser felado, que su mujer no satisface, pero con la misma lógica en el origen de esto está mi deseo de felar, que mi marido no satisface. El deseo de tener en mis manos el animalito robusto, un poco curvado, duro y nervioso, ansioso por escupir la semilla. Sentirlo palpitar en mi boca, volverse dócil a mi lengua y a mis dientes, gozando de la inminencia del desenlace. Deseo de sentir en la boca la gran gota densa, de sabor exótico, la mancha de pura vida que penetra en mí y me habita, sintiéndola aquí en mi boca, más cerca de mí, de manera mucho más intensa que cuando se derrama en mis entrañas, y aunque no con consecuencias potencialmente tan categóricas, sí con consecuencias no menos perturbadoras, embriagadoras, como si

al recibirla por la boca, sede de la palabra y del aliento vital, o sea, del espíritu, hiciera más total la entrega, la sumisión, el darme a él, a su potencia, a su capricho.

Y a la vez, no. Toda esta construcción según la cual su capricho deseante y mi capricho deseante, simétricos, se han encontrado generando la intensidad demoledora de esta mutua atracción, toda esta racionalización, sé que no alcanza. Que sólo es parte de esta mutua devoración en la que otros demonios ponen también su parte. Pero ¿cuáles? No lo sé. Pero uno de ellos debe ser aquel que encuentra su goce en hacer bascular todo el conjunto de una realidad a priori tan sólida. El goce de comprobar que, efectivamente, como se ha sabido y dicho desde siempre, la realidad no es más que ilusión, y que aquello que nos parece más inamovible puede deslizarse en un instante hacia la nada. Goce, voluptuosidad de la pérdida absoluta, tentación de retomar el control total de la ilusión y construir otra realidad más real, más a la medida... ¿de qué?... de nuestro deseo -olvidado pero indestructible- de libertad sin límites. Así de filosófica me dejó, planchado el deseo, aquel día de exasperación y exceso.

.....

Martín se había pelado una rodilla jugando al fútbol en el patio del colegio. Mariano quería que su padre le explicara, pero ya mismo, por qué el gobierno no hacía de inmediato lo necesario para que no hubiera pobres. Descongelé un guiso –Carmen, que viene tres veces por semana, me limpia la casa y me deja platos congelados para tres o cuatro días de la semana. Antes de cenar los niños tienen media hora de televisión para ver a Alf. No entienden demasiado los chistes pero les encanta el monstrueque de peluche y voz rasposa. Raúl ha venido a la cocina y se ha sentado en un banquito a mirarme, como si fuera una marciana. Veremos qué es capaz de hacer con la sorpresita que le di anoche. Debe de haber pasado buena parte del día digiriéndola, si es que ha podido digerirla. Sé que si no pudo digerirla tampoco va a convertir ese momento en un motivo de discordia. Confía en mí totalmente, tanto como poner las manos en el fuego por mí. Y lo merezco. Yo no lo he traicionado. Las locuras corren por cuenta de la otra.

Giro la cabeza y le sonrío. Me responde con una sonrisa. Me cuenta que ya inició los trámites para el préstamo de la casita. Está demasiado seguro de que no va a haber problema. Me pasa por la mente que un préstamo tan blando debe de tener alguna contrapartida en algún nivel, pero no se lo digo. ¿Sería capaz Raúl de dar algo no santo a cambio de nuestro sueño realizado? Bonita pregunta. Raúl se me acerca, se para

pegado a mi espalda. Me besa el cuello y a la vez me hace sentir el bulto, duro, contra las nalgas. Le respondo ondulando suavemente. Pasa las manos por debajo del delantal y me toma los pechos. Los oprime y girando apenas la cabeza le ofrezco los labios. Esta es la consecuencia de mi audacia de anoche. ¿Todo cambia? ¿Hasta qué punto? ¿Será duradero?

Martín y Mariano todavía comparten el dormitorio. No será por mucho tiempo. Tendremos que mudarnos. Mariano de a ratos ignora la imitación de sus dichos, hechos y manías a que lo somete Martín, pero de a ratos se irrita. “Larva” lo llama. “Sos un gusano, no tenés personalidad” le dice, a lo que Martín imperturbable responde: “Vos sos un gusano que no tiene personalidad”. Ya en la cama ambos Raúl normalmente conversa con ellos un rato, o les lee un cuento. Hoy los oí discutir los detalles de la casita de balneario. Entre los tres van trazando la planta imaginaria, como si fueran un equipo de arquitectos. Me acuesto oyéndolos hablar, como una música dulce y lejana. Me adormezco. Vagamente oigo que Raúl pasa llave al entrar a nuestro dormitorio. “Imposible” pienso. Se desviste, se mete en la cama, se pega a mi espalda. Me sube el viso, me baja la bombacha. ¿Y si le da justo hoy por mirarme las nalgas? ¿Tendré moretones? No tengo energías para maniobras de ocultamiento. Lo dejo hacer. Me besa el cuello y el hombro. Me toca abajo. Con mano delicada. Estoy seca, pero me abre y dentro encuentra humedad. Se coloca y me penetra, aplastándome un poco. Me dejo hacer, que no espere más de mí. Me coge despacito.

-Estás suavecita –me dice al oído-. Como nadar en un mar tibio y sin olas...

Otra vez se me superponen las sensaciones de las dos vergas. Una y la otra. Una dulce, la otra violenta. Me deslizo dentro del orgasmo, blandamente traído a escena por la cogida delicada y paciente de Raúl, sintiéndome hembra, Madre Naturaleza, abierta a satisfacer a cuantos machos me requieran. Era la segunda vez que tenía la verga de dos hombres en el mismo día. Dos hombres, mis dos hombres. El mío y el de ella. Me sentía dadora, cogida, abierta, receptora ávida de sus potencias y de sus semillas. Imaginé tener una verga en cada mano. Rígidas, potentes, cargadas de semen para mí. Sentí un cosquilleo en las palmas de las manos, me sudaban, me tomé los pechos, pellizqué mis pezones. Imaginé chupar una y luego la otra. Medirlas con mi boca, gustarlas con mis papilas, mi olfato regocijándose con la diferencia de sus olores. Los miro a ambos, se babean viéndome pasar de una verga a la otra. Desvergonzada, pensé que mientras que

no llamara a uno con el nombre del otro, aquello era para mí lo más cercano que pudiera imaginar al Paraíso. Raúl seguía cogiéndome despacito, sin apuro, abriéndome más y más. Otro orgasmo dulce, acariciante, lejano, terminó de diluirme, y desaparecí.

.....

Me despertó la vocecita de Martín, al parecer totalmente recuperado –hasta el olvido– de su terrible lesión futbolera del día de ayer.

-Mami, vení a desayunar –susurraba, mirándome de tan cerca que su nariz tocaba la mía.

Abrí los ojos.

-¡Ya se despertó! –gritó, rompiéndome los tímpanos.

Capté al instante la situación. El despertador no había podido despertarme. Lo de ayer había sido demasiado. Raúl se había levantado, había despertado a los niños y había preparado el desayuno, regalándome así unos minutos más de sueño. Estaba despierta, pero estaba en la luna, en la delicia, acariciando la idea de pedirle a Raúl que diera por mí parte de enferma. Puse la mano en mi entrepierna. ¿Qué sentía? ¿Qué era eso raro que de pronto sentía al tocarme la concha? No pude evitar reírme quedito, porque lo que sentía era una especie de orgullo. Por fin mi bicha se había sacudido definitivamente la modorra. Y ayer se había dado un día como pocos. “Estás contenta ¿no?” le dije mentalmente. Deslicé entre los labios el dedo corazón. Para mi sorpresa mi concha era una piscina. Ganas me dieron de una pajita con el gorjeo de mis hombrecitos de fondo. Una pajita... el dedo índice se unió a la disimulada fiesta... ¡¿Una pajita?! Pero ¿me volví loca? Si el maldito Duilio Ferrán me estaba esperando... Salté de la cama llena de una súbita energía que dejó a mis tres testigos sorprendidos.

-Creí que estabas incubando una gripe –dijo Raúl, boquiabierto-. Ya iba a llamar a tu oficina.

-Nada. Preparame el té con leche y una tostada con manteca y miel que enseguida estoy pronta.

La ducha se llevó las últimas hilachas de modorra. Me puse el uniforme en su versión mejorada, pero además con caravanitas y anillo con piedra de jade. Detalles, pero contundentes para el ojos avizor.

-Mamá, qué linda que estás hoy –observó Mariano, mi dulce y moderado Edipo.

De manera que salimos finalmente sin retraso, dejamos a los niños en el colegio y a cinco para las nueve nos detuvimos frente a mi destino. A mi Destino debiera de haber escrito.

-Bueno... -le dije a mi chofer privado, soltándole un besito, ansiosa por llegar puntual a mi cita mañanera.

-Anoche fue hermoso –dijo entonces Raúl, no dejando duda su tono de voz de lo emocionado que estaba.

Le sonreí. Le acaricié la mejilla. Abrí la puerta.

-Sí, fue hermoso –coincidí.

Le solté otro piquito fugaz y dulce. No era mi momento para aquella conversación.

-Nos vemos a las cinco –le dije, y bajé del auto.

No tenía la impresión de ir de un hombre al otro. Duilio Ferrán no era exactamente hablando mi amante. No era eso para mí. En realidad –comprendí yendo a su encuentro– ni siquiera lo consideraba un hombre. ¡¿No?! ¿Qué era entonces? Una especie de imán absolutamente irresistible, una fuerza que jalaba de mí de manera implacable, un polo hipnótico hacia el cual no tenía más remedio que ir apenas él así lo deseara, cosa que me comunicaba telepáticamente, como estaba haciéndolo en ese mismo momento en el que subía en el ascensor. Especie de chivo lúbrico, demonio libidinal, repugnante seductor de oficina a cuyos sucios caprichos ni por un solo instante sería capaz de negarme. ¿Un hombre? ¡Ningún hombre podría tener semejante poder sobre mí, de eso estoy segura!

A la hora de iniciar las tareas en todo el Departamento de Finanzas no había más que dos o tres funcionarios presentes de los veintipico de la nómina. Yo, como siempre, era uno de los puntuales. Sólo que no tenía la menor intención de ponerme a trabajar sin recibir mi baño de semen. Las manos me sudaban y temblaban mientras dejaba mi

escritorio cubierto de papeles y útiles, como si ya hubiese comenzado mis tareas, de manera de disimular mi ausencia, por si alguien se molestaba en tenerla en cuenta.

Paulina no estaba en la Recepción, aunque sí había llegado, puesto que su abrigo y su bolso colgaban del perchero. Recorrí el pasillo ligera como una brisa de primavera y abrí la puerta de su oficina. Duilio Ferrán estaba de espaldas a la puerta. Estaba cogiendo. El ondular de su cuerpo, el culear profundo de sus caderas me lo decía. Tenía a alguien agarrado de las caderas y le daba por detrás. Pensé que sería Paulina. Con cada puntazo se le escapaba un gemidito de gusto, como de nena muy puta. Un gemidito raro, un poco marica.

-Pasá, Marilú. Vení –me dijo la bestia con voz pastosa y tono casual, como si me lo hubiera encontrado revolviendo la ensalada.

Yo estaba como clavada en el piso, incapaz de digerir de golpe aquello. El carlancito Ferrán giró la cabeza para mirarme por sobre el hombro, sin dejar de coger.

-No estés con la puerta abierta –dijo, con el tono de la abuelita que le teme a las corrientes de aire.

Yo no quería aquello, pero mi otro yo no tenía la menor intención de retirarse. Consecuencia: no me iba. O sea: convocada por su imán mis posibilidades de huir eran nulas. Cerré la puerta y muy lentamente me desplazé hacia un costado, hasta ver la escena completa. La escena completa iba mucho más allá de mi capacidad de preverla: se estaba cogiendo a un muchacho. A un muchacho que gemía como una nena. Tenía los pantalones bajos hasta las rodillas y estaba arrodillado sobre el sillón. Ferrán, de traje y corbata, sólo la verga tenía desnuda, y la clavaba y desclavaba, sin apuro alguno, en el culo del muchacho. Ferrán me miró y sonrió, arqueando mucho las cejas, tipo “Y esto ¿qué te parece?”, mientras su boca hacía ese paladeo propio de estar degustando un bocado delicioso. El chico también me miró, pero sin verme. O viéndome pero sólo para borrarla con la mirada.

Era el momento en que debía decir “Hasta aquí llego” e irme. O quedarme y ser testigo de todo aquello a lo que la otra quisiera someterse, todo aquello que a él se le antojara. Decidí irme pero no pude moverme ni un solo centímetro. “Obedezco pero no acato” susurró la otra, burlona, en mi oído interior. Entendí que ella estaba al mando y que yo no tenía más alternativa que prestarme, plegarme, desaparecer en ella.

-¿Conocías a Ricardo? –preguntó mi más que amante, mi dueño, el dueño de mis decisiones.

No había ni una gota de voz en mi garganta como para responderle que sí, que lo conocía de vista, de cruzarnos en los pasillos del tercero, o en la cantina. Un raro. Flaco, pálido, solitario. No pareció importarle a Duilio mi falta de respuesta.

-Vamos a dejarle un lugarcito a Marilú –dijo, a la vez imperativo y meloso, y manteniendo la toma por las caderas dio un paso atrás, con lo que el chico dejó de estar arrodillado y quedó parado, apoyado con las manos en los brazos del sillón.

Vi entonces que del vientre del muchacho pendía, casi rígida, una verga larga y delgada, tan blanca que parecía enfermiza. Ferrán volvió a mirarme y a sonreírme, y con la mirada me indicó que me hiciera cargo. Aquello ya no era lo mismo. No era el mismo juego al que estaba dócilmente entregada. Esto era degeneración, orgía, cosas innombrables e impensables para las personas honestas. Nos íbamos más allá del orden de lo simplemente escandaloso. Y sin embargo... era lo mismo. Porque yo sentía cómo todo mi ser respondía con una marea cálida de voluptuosidad. Sin horror alguno tuve claro que estaba dispuesta a darle una buena chupada a la inofensiva verga de Ricardo. Era, efectivamente, lo mismo. Sobre todo porque, una vez más, no podía evitar seguir las órdenes que se dignara dirigirme. Observé su verga poderosa, como un gran reptil entrando y saliendo del ano del muchacho, mientras él seguía mirándome con su carota de payaso abyecto. Me lanzó un gruñido como urgiéndome, el tipo de gruñido que presupone que voy a hacer lo que él quiera.

De manera que sí, di el paso adelante y procedí a arrodillarme, dejando atrás ahora sí de una manera radical toda una vida de mujer honesta, esposa y madre. La otra estaba definitivamente en comando. Yo era su prisionera y no podía sino dar testimonio. Si éramos descubiertos en semejante trance no sólo iban a haber chismes escandalosos, moralmente iba a ser linchada mil veces por día. Sería mi muerte civil, lo perdería todo. Y sin embargo... De rodillas mi rostro quedaba cerca del rostro del muchacho. Vi en sus ojos como que recién entonces volvía en sí y me veía.

-Señora... -balbuceó absurdamente, como si nos encontráramos en una situación oficinesca y no en una situación de burdel.

Yo estaba estupidizada, pero no tanto como él. Con mano firme tomé su verga por el tallo y tironeé de ella un par de veces, hacia abajo, como para ordeñarlo. El muchacho abrió mucho los ojos y la boca, como si mi gesto superara lo aceptable.

-Es tiernita, probala –oí que susurraba el Tentador-. Te va a encantar –insistió sin dejar de culear y sin apuro alguno por llegar a destino-. Dale –me urgió-, si te apurás podemos llegar a algún tipo de... sincronía –argumentó con su jeta de paladear delicias indescriptibles.

En su semi-rigidez efectivamente resultaba tierna la verga del chico. Me parecía tener en la mano un animalito muy dócil, indefenso, una especie de cachorrito acabado de nacer. Me daba ternura y se me hacía agua la boca. Sería muy dulce conducir a ese lánguido animalito al espasmo. Lo descapoté. Rosado pálido era el glande, como el de un niño, como el de mis niños, a los que no hacía mucho había dejado de ayudar en la ducha. Me incliné y le di una larga lamida al tallo, hasta terminar con la punta de la lengua sobre la boquita. Ya no podía retrasarlo más: dejé que la verga se deslizara dentro de mi boca hasta topar con el fondo. Era larga, sobaban centímetros. ¿Para qué podía servirme la boca mejor que para tenerla completamente invadida por una verga? Metí la mano por debajo de la falda y masajee mi entrepierna desnuda. Empapada, pronta para que la cojan. ¿De qué posible sincronía me hablaba Ferrán si yo ya estaba parada en puntas de pies al borde del abismo? Me puse a trabajarle la verga, intensamente. El pobre Ricardo, doblemente atacado, se debatía en la tormenta, a punto de naufragar. A medida que su verga se empinaba más y más, crecía en mí el deseo de llegar a tenerla toda dentro de la boca. Empujaba la punta de la verga contra mi garganta como si tuviera allí alguna virginidad para perder.

Sólo porque él lo había insinuado yo me tomaba la cuestión de la sincronía como mi tarea, mi responsabilidad, mi tributo al dueño de mi voluntad. Sincronía de tres, por supuesto. Rozando las nalgas suaves como seda del muchacho, mi mano fue al encuentro de la cópula monstruosa, del reptil deslizándose dentro de su cueva. Recorrí con los dedos el borde dilatado del ano. Deseé que así me la metiera a mí. Es decir, no lo deseé yo, sino la otra. No yo. La otra. La otra, yo. Yo soy la otra. Mis dedos rodearon el tallo mil veces lamido y besado de Duilio Ferrán. Llevada mi mano en alas de su culeo, me pareció entonces que yo también me cogía al chico. Con la otra mano lo masturbé, conservando el glande en mi boca. Mis dedos llevando culo adentro la verga

de Ferrán y mi boca deslizándose una y otra vez a lo largo de la verga del muchacho. Simultáneamente. El anillo perfecto de la sincronía comenzó con el polvo ya muy trabajado de Ferrán. Culeó fuerte, gruñó pesadamente, como una bestia irritada. Sentí correr la bola de semen por el tallo de su verga, y a la vez por el tallo de la verga del muchacho. La verga del muchacho se envaró en mi boca y soltó un chorro abundante, pero aguachento y con un sabor sin gracia, casi insípido. Con ambas vergas en las manos acabé, estremeciéndome tan fuerte que, con poco equilibrio, como tenía arrodillada, a punto estuve de terminar de gozar despatarrada en la alfombra. No terminaba de gozar, ecos del espasmo se repetían sin terminar nunca de aplacarse. Al soltarme el chorro el chico había puesto sobre mi nuca una mano, obligándome a sentir en el fondo de la garganta su culeo, tierno pero vicioso, vicario, consecuencia del interminable culeo del ogro, que seguía adelante como si pudiera vislumbrar en el horizonte una nueva frontera del placer. Seguí chupando fuerte hasta que no hubo en los huevos del chico ni una gota más de solución salina.

Volví en mí. Pensé que todo había terminado. ¿Todo? No todo. No en la mente de Ferrán. Retiró la verga del culo del muchacho. Al contrario de la verga del muchacho, que se adormilaba dulcemente en mi boca, la de Ferrán seguía dura como una rama de roble.

-Vengan –nos urgió, blandiéndola.

El chico reaccionó antes que yo, y girando, ágil, cayó de rodillas frente al tótem, lo atrapó con sus dedos largos y delgados y lo dirigió a su boca, sin importarle como cuánto de sucio pudiera estar, se lo zampó boca adentro, ahora ya no pasivo sino al borde del frenesí. Como si sólo hubiera entregado las nalgas para llegar a este premio. Ferrán me tendió la mano, invitándome al banquete. Pensé que me negaría. Por repugnancia. Pero lo que hice fue arrimarme, para indicarle al glotón que era mi turno. Por primera vez sentí algo parecido al temor. ¿Absolutamente a nada era capaz de negarme? El chico me miró de reojo, sin dejar de trabajar, con fruición, la cabeza hinchada de la verga. Me hizo un gesto con la mano como indicándome que esperara, pero su gesto mutó y tomándome la mano la puso sobre su verga, que parecía recuperar el vigor. Lo masturbé con mano suave, delicada. La verga empezó a enderezarse en mi mano, pero apenas. Me sorprendió cuánto me excitaba masturbar suavemente la verga todavía blanda, lánguida. Masturbé masturbándome, flotando en una onda dulzona.

Ferrán tenía una mano en la cabeza de cada uno de nosotros. Culeaba en la boca del chico y empezó a acabar otra vez. ¿No se le secaba nunca la fuente? ¿Cuánto semen podía producir en un día, en una mañana, en un rato? La nuez del chico subía y bajaba tragando. Se vertió mojándome la mano. Una humedad incolora. Lamí de mi mano. Insípida. Rozándome apenas con la punta de los dedos, acabé.

Nos separamos, nos pusimos de pie, nos arreglamos la ropa.

-Divinos –decía Ferrán, sonriente-. Me los llevaría conmigo...

-¿A dónde? –preguntó Ricardo.

-A donde fuera, querido –dijo Ferrán con un tonito un poco demasiado meloso.

El chico se fue. No sin antes intentar decirme algo que se quedó en balbuceo.

-Al fin solos –dijo Ferrán entonces, tomándome las manos.

Me atrajo hacia él y se puso a besuquearme los labios.

-Tenés semen en la boca –dijo, lamiéndome los labios

Tomó toda mi boca en la suya, la penetró con la lengua, la lamió por dentro.

-En realidad... yo quería estar solo contigo... temprano... de mañana... -susurraba, tan dentro de mi boca que su voz resonaba en mis oídos como la de un demonio que habitara en mi mente.

Y mientras me embriagaba con palabras sus manos se adueñaban de mis nalgas. Toqueteaba al azar. Comprendí que buscaba las huellas del castigo. Ya casi no me dolía, pero solté un gemido, más que nada para complacerlo. Laxa completamente de cuerpo y alma, colgaba yo de sus labios y de sus manos, pero el besuqueo y el magreo poco a poco volvían a encenderme.

“Hágase en mí según tu voluntad” pensé “hasta acabar conmigo”. Pero él ¿podría? ¿Después de acabar dos veces sin perder la erección? ¿Qué era? ¿Un monstruo? ¿Pero ya frotaba el cuerno, duro, contra mi vientre! ¿Qué tipo de locura era esta? ¿Otra vez iba a permitirle que devastara mi cuerpo? ¿No podía darme por bien cogida y huir? No. Todo lo que era capaz de desear era abrir las piernas y ofrecerle toda la cosa, completa, mis tres orificios para que los usara como se le antojara, cuantas veces se le antojara.

¿Qué estaba pasando conmigo? Era menos que un animal. Un animal simplemente toma lo que necesita. Pero yo estaba enviciada. Quería más y más y más ¿qué? ¿Más y más y más de su semen, como si fuera el elixir de la vida eterna? No. Más y más y más ser usada por él, eso quería. Ser más y más juguete de su soberana voluntad. Que me use hasta hartarse, y que me dé a los demás, a quien quiera, y que lo que quede se lo tire a los perros, o al fuego, para que de mí, consumida por él, no queden ni cenizas. Pero ¿y mis hijos, mis niños adorados, luz de mis ojos? ¡Al fuego, al fuego, al fuego también! No había ninguna otra al mando, era yo, yo misma la que anhelaba incinerarme en la hoguera atómica de Duilio Ferrán. Era yo, y ya no me importaba nada, absolutamente nada.

Como si recibiera órdenes telepáticamente... ¡pero sí, sí las recibía!... me desabroché el saco, y luego la blusa y saqué las tetas de las copas del sutién y se las ofrecí en las palmas de mis manos. Mis hermosas tetas redondas, blancoazuladas, con los rosados piquitos de los que mamaron mis pobres infelices. Sonrió mostrándome los dientes, se inclinó y las olió ruidosamente.

-El más delicioso olor a teta que haya catado en mi vida –aseguró en plan experto en la materia.

Entonces mordió. Justo encima del pezón. Mordió en serio, casi hasta desgarrar, y el rayo de dolor me rajó al medio. Pero no retrocedí ni un centímetro. Era mi destino ser devorada por este lobo y acudía a él dispuesta al sacrificio. Me sonrió otra vez, y se relamió, como si hubiera mamado en vez de dañarme. Las manos me temblaban y me sudaban, pero mantenían la oferta. Parsimonioso se volvió hacia la otra teta. Me miró arqueando las cejas, como pidiendo permiso. Mordió. Tanto o más que la primera vez, con las mandíbulas a punto de tocarse. Creí que me desmayaba.

-Suficiente –dijo entonces.

“¿Suficiente para qué?” me pregunté, desfalleciente, aturdida por el dolor.

-Suficiente para que tengas moretones un par de semanas –contestó, solícito, habiendo leído mis pensamientos-: Ahora, querida, te pido otra prueba de tu amor –dijo, meloso como una serpiente.

Supe al instante lo que quería tanto como supe que se lo daría. Es decir: insufló en mi mente la imagen de lo que deseaba hacer, imagen que me llenó de idéntico deseo. Me remangué la falda, me dirigí al escritorio y me incliné, apoyándome sobre los codos para ofrecerle las nalgas.

-¡Ah, pobrecita, tiene moretones...! —oí que susurraba, compasivo, y depositó besitos sobre las marcas-: ¿Quién fue el bruto...?

De pronto, con la nariz rozando el surco aspiró con fuerza.

-Huele como una flor exótica —musitó-: Mostrámelo —ordenó con voz de carlanco en llamas.

Con ambas manos separé las nalgas mostrándole el ano.

-Precioso culito... sin uso por lo que veo... -dijo, con voz ilusionada, mirándolo sin tocarlo, haciéndome sentir —otra vez- obscenamente expuesta, para mi mayor vergüenza-: ¿Es virgen?

¿Decirle la verdad? ¿Por qué no? Dijera lo que dijese nada lo disuadiría de cobrar la pieza. Por lo demás yo no quería disuadirlo ni no disuadirlo. Todo lo que quería era que se hiciese según su voluntad.

-Podría decirse... -respondí.

-¿Cómo que podría decirse? —insistió, ávido de detalles.

-Mi primer novio lo tuvo. Éramos chicos, poco más que niños.

-Aaaah... pero qué pícaro... -dijo, lúbrico.

-No fue su idea. Yo se lo pedí —dije, dispuesta a permitirle que saqueara también mi memoria, no sólo mi cuerpo.

-Ah, caramba... -fingiéndose agradablemente sorprendido, como se hace con los niños, y agregó con su tonito vicioso y socarrón-: Entonces fuiste putita antes de ser virtuosa.

-Lo hizo una sola vez —me apresuré a aclarar.

El maldito me ponía en el lugar de la traviesa sorprendida en falta, y arrepentida. Con la punta de la lengua tocó el ano. Me aflojé. Me babeé. Lo lamió lentamente, con toda la lengua.

-Sí, la verdad es que está como nuevo –dijo, y hundió el dedo venciendo el apretado orificio con total facilidad-: Como nuevo pero ansioso –concluyó con tono satisfecho.

Abandonó el terreno conquistado.

-No te va a doler nada –aseguró con su voz de violador de menores.

Hundió entonces otro dedo, más grueso, el pulgar. Sentí que lo había untado en algo fresco. Se deslizó completamente.

-Así... -gruñó, y de pronto sentí que eran dos los dedos que metía.

El culo se me abría más y más, manso, dócil. Aquel manoseo abyecto, vicioso y pueril, como todo en Duilio Ferrán, me excitaba. Al punto que empecé a culear, a cogerme sus dedos. “En encontrar goce en esta repugnancia” pensaba “bien se ve que no soy yo la que está sometiénndose a su caprichos ultrajantes”. La otra era un monigote mental que aparecía o desaparecía según me lo dictaran las circunstancias. Y ahora necesitaba de ella. Cogiéndome con el culo los dedos de Ferrán y sintiendo cómo me dilataba más y más, ansiando que me metiera la verga en el culo, pensé por primera vez, no sin horrorizarme, que si aquella entrega a mi demonio no se acababa iba a tener que ponerme en manos de un exorcista que desalojara de mi cuerpo a esta puta de los infiernos con la que convivía. Entonces cesó la manipulación. Apoyó la cabeza de la verga sobre el ano. Hubiera querido tener una lengua en el culo para lamérsela primero un poco.

-Sí, metémela –urgí, con los dientes apretados.

Lo hizo. Sin tomarse cuidado alguno. Sin mimos. Con la misma grosería con la que una lanza atraviesa un cuerpo. Con o sin lubricante el momento de la intrusión fue terrible. Me pareció como que la cabeza de la verga se le había hinchado al doble. A punto estuve de lanzar un grito tal que se hubiera oído hasta en el primer piso. Con la boca ya abierta, conseguí clausurar mi garganta.

-Ssss... Ssss... -me hacía en el oído la bestia, con las garras clavadas en mis hombros para inmovilizarme.

Dejé que el dolor se adueñara de mí. Lo acepté. Se calmó. Gocé. La cara contra el vidrio del escritorio, los hombros doliéndome por el agarrón, el culo roto, desgarrado, la estaca clavada en el vientre, pero gocé. Reducida a nada, a carne infame devorada por la Bestia, gozaba. Empecé a culear, despacito, tratando de sentir cada centímetro suyo en cada centímetro de mis entrañas desgarradas. Así iba a acabar, ensartada, empalada voluntariamente, yerma de dignidad alguna, e iba a ser el polvo total, el imposible, el ni siquiera esperado porque no imaginado, aquel después del cual nada habría para esperar. Comencé a gemir, sintiéndolo acercarse.

-Putas –jadeaba él quemándome la nuca con el aliento-: Sos la diosa de todas las putas.

Aflojó la presión sobre mi cuerpo y empezó a cogerme. A cogerme en carne viva, o tal cosa me parecía. Metió las manos bajo mi pecho y atrapó mis tetas, las oprimió clavándoles los dedos. Como si quisiera que sus manos quedaran impresas en las lunas de mis tetas. Fugaz, tuve la imagen de Raúl, mirando las huellas del ultraje y llorando. Seguramente que yo le pediría que me acabara encima de las tetas para curármelas. Ya no me dolía la cogida, me quemaba el ardor, pero ya no era el taladro del dolor. No culeaba yo con menos furia que él. Como para que el culo me quedara para siempre roto, vencido a simple vista para cuando mi Señor quisiera exhibirlo. Imaginé a Raúl mirando la devastación de mi culo y llorando. Pero luego, no. Ya no llorando. Haciéndose una paja, una paja feroz, los dientes pelados, la mirada clavada en mi culo marcado para siempre por el paso de la Bestia, decidido mi esposo servicial a bañarme el ano con su leche para calmarme el ardor.

-¡Sí! –gruñó triunfal Ferrán, como si hubiera accedido a una imagen directa de mis repugnantes imaginaciones, y comenzó a soltar chorros de lefa dentro de mi culo.

¿Cómo lefa? ¿Cómo tanta? ¿De dónde la saca, por el amor de Dios, si ya había evacuado chorros interminables dos veces antes? Duilio Ferrán era un monstruo, un monstruo obscuro, grotesco y pueril. Sentía que el chorro de lefa me subía por los intestinos en una correntada abrasadora, y reventé. Acabé como si me diera un ataque de epilepsia. Sé que grité y no sé cómo no acudió todo el mundo a testimoniar de mi locura

sexual. Caía una y otra vez golpeándome contra el vidrio del escritorio. Me retorció sobre el vidrio como una amiba pronta para el microscopio. Me retorció informe, flexible y quebrada como una serpiente molida a golpes. Babeaba espuma por la boca y los ojos se me iban para atrás, como deseosos de ver lo que pasaba dentro de mí cada vez que la verga del monstruo se hinchaba desgarrándome más y más para soltar otra gran bola de fuego blanco. Me derrumbé exánime, exhausta, completamente inconsciente.

-Vamos, Marilú, tenés que irte.

La voz de Ferrán llegaba a mis oídos como atravesando tapones de algodón. Se había sentado en su sillón detrás del escritorio y estaba cara a cara conmigo. Había encendido un cigarrillo y me soltaba encima aritos de humo de tabaco. Yo me sentía como si un tornado me hubiera arrancado del piso y me hubiera dejado caer en Marte. Me recogí de encima de la mesa como quien recoge y pone en pie un cadáver. Conseguí poner en foco a la Bestia. Me sonreía de oreja a oreja, como si acabara de darse una ducha. El lugar del exceso me ardía como si me hubiera dejado dentro una brasa encendida. Con movimientos torpes, como de drogada, me arreglé la ropa y un poco el pelo. Imposible que quien me viera en este estado no dedujera que venía de una sesión de excesos.

Había hecho en mí según su voluntad. ¿Toda su voluntad? ¿O quedaba más para mañana por la mañana? Me colgué de su sonrisa inoxidable. Leí clarito que sí quedaba más. Siempre quedaría más. Su voluntad era tan insondable como su potencia. Sólo me soltaría muerta. Y quizá ni entonces, comprendí, asustándome de, aún sabiéndolo, sentirme más enamorada y sumisa que asustada. Por primera vez al salir de su oficina no deseé ya mismo volver a entrar en busca de más, sino que agradecí que por lo menos por el resto del día me había librado de él, así la concha me entrara en combustión de sólo recordarlo.

Paulina había llegado. Su cartera estaba sobre el escritorio de Recepción, y su abrigo colgaba del perchero. Estaría seguramente maquillándose en el baño, o preparándose un té. Se deslizó por mi muslo un goterón de algo, sangre o semen. En la soledad del cubo de la escalera me toqué y miré los dedos. Ambas cosas. En mi cartera tenía crema curativa, pero no llegué a bajar ni hasta el quinto. Créaseme o no se me crea, de pronto, como si estuviera hipnotizada o manejada a control remoto, me di media vuelta y volví a subir la escalera. Paulina seguía no estando en su escritorio, pero había estado, porque

su cartera ya no estaba a la vista y había una gran taza de té despidiendo su vaho. Sin detenerme un instante rehice mi camino hasta la puerta de la oficina de Ferrán. Como si supiera lo que encontraría entreabrí muy despacito la puerta.

Él estaba de pie, apoyado en su escritorio, y contra su cuerpo, colgada de su cuello, se apoyaba toda la humanidad de Paulina, que me daba la espalda. La mujer le comía la boca con un movimiento lento, circular y voluptuoso. De pronto sentí que no estaba ahí espiándolos sino esperando turno. Esperar turno... nunca lo había recordado antes, nunca ese recuerdo había emergido: esperar turno había sido una de las fantasías más quemantes del tramo más ardiente de mi adolescencia. Recordé de pronto todo, con total precisión, especialmente mis sensaciones. Lo había visto en una película: un burdel en el que los hombres esperaban su turno para coger con la única puta, o quizá con la preferida de todos. Intoxicada por aquella vívida imagen, en mis pajas yo no imaginaba ser la puta, sino que imaginaba estar yo esperando turno para coger con el único puto disponible, o quizá con el preferido de todas. Y lo que me encendía no era ver o imaginar el acto de las otras sino mi espera, esperar turno, derritiéndome, a que la verga quedara libre. Recordé mis sensaciones pajeándome invadida por esa fantasía. Y ahora, al fin, yo estaba realmente en esa situación... o había estado, sin saberlo... pero no ahora, no ahora porque de ninguna manera irrumpiría en la oficina de Ferrán para exigir mi turno una vez que su verga inagotable quedara libre.

Las manos de Ferrán magreaban las nalgas de Paulina por encima de la tela tableada de la falda. Una mano se hundió en el valle buscando el ojete. Presionándolo, como queriendo penetrarlo a pesar de la tela. Paulina se entusiasmaba y ondulaba contra el cuerpo de la Bestia. Ella también, como yo, le entregaría lo que quisiera, donde quisiera y cuando lo quisiera. Otro goterón cálido bajó pesadamente por mi muslo y se acercaba peligrosamente a los límites de lo visible. Huí escaleras abajo.

.....

¿Estaba celosa? ¿Cómo estarlo si, para empezar, tenía él legítimas dueñas –la rubia y su clon-, y tenía yo legítimos dueños? ¿Para qué estarlo si su voluntad era, de todas maneras, irresistible? Mientras tuviera la voluntad de darme, y mientras mi turno se respetara, nada tenía yo de qué quejarme. Me amoscaba un poco, sí, haber visto invadida la primera hora del día, que creía mía en exclusividad. Así somos, por muy acotada que sea, alguna exclusividad siempre queremos. Me puse la crema Dr. Selby y

una bombacha que traía en la cartera, y no levanté de mi silla la parte maltrecha en el resto del día. Pero a sabiendas de que si me hubiera silbado para que fuera a lamerle el miembro hubiera ido, corriendo y saltando –aunque medio rengueando por el ardor en la parte-, contenta como perrita de pata coja a la que le abren la puerta para salir a mear – con perdón de la expresión.

En casa fingí para los niños estar muy cansada y para Raúl estar con dolores premenstruales, y achuchada, porque en la oficina, le expliqué, no funcionó el aire acondicionado. De manera que me metí en la cama con una bolsa de agua caliente e hice desfilar a toda mi corte, uno por uno, a contarme sus novedades y a rendirme su habitual tributo de mimos. Las axilas de Mariano, que sólo tiene diez años, ya huelen. Le repetí las virtudes del antisudoral sin alcohol, que ni pica ni arde. Martín por el contrario, huele a pis. Cuando está muy concentrado en algo, especialmente en un video juego, se olvida de ir al baño. Además resultó –hubo que arrancárselo como con tirabuzón- que no quiere ir al baño en el colegio porque, según afirma, el baño huele a rayos. Decidí hablar con la maestra, aunque convencida –es un colegio caro- de que el baño debe de haber oído mal alguna vez aislada y él quedó con la idea. Raúl va a Piriápolis y Punta del Este con el séquito del Ministro para preparar la temporada. Probablemente después también vaya a Buenos Aires. El miércoles ¡increíble! firma el préstamo. ¡En pesos, además! De inmediato lo pasa a dólares y queda disponible. Increíble. Tan fácil. Un sueño trans-generacional finalmente realizado. Le han tirado el dinero por la cabeza, con plazos eternos, casi sin intereses y en pesos –mejor imposible. Que todo sea para bien. Pero no puedo sino preguntarme si semejante dádiva no tiene letra chica. A él no se lo pregunto. No me animo. Está híper-orgulloso, y lo ve simplemente como un reconocimiento a su capacidad y a su dedicación.

Mientras mis hombrechitos cenan me voy relajando por completo. En la modorra se me dispara el recuerdo del primer día. Me parece que fue hace tanto y fue sólo hace ¿cuánto? seis, siete días que se acercó a mi escritorio y me puso la pija dura contra el brazo, ofreciéndomela para chuparla. Recuerdo mi sensación de absurdo, y de obsceno, pero a la vez de irresistible y maravilloso. Recordando sentí mi concha boquear. Vivo con el clítoris erecto pensé, forzando un poco los términos. Deslice una mano vientre abajo y lo toqué con la yema del índice. Una onda de placer me recorrió hasta las orejas y hasta las plantas de los pies. El índice, curioso, se deslizó entre los labios y cuerpo adentro. Pronta para ser penetrada. Pronta para que los machos vengan y me claven bien

clavada. No puede quedar sin alivio tanto entusiasmo. En realidad no necesitaba tocarme. Culeando despacito, como si tuviera dentro una verga, iba a llegar. Dejé que imágenes de la mañana orgiástica me inundaran. Hacerme la paja en la cama, calentita, flotando en la burbuja de los ruidos de la casa –los gorjeos de mis pajaritos, la voz serena y pausada de Raúl, el ruido de la vajilla, la cisterna del baño, los dibujos animados en el televisor. Me dejó ir culeando suavemente, sintiendo el tamaño y la dureza de la verga de Duilio Ferrán... cuando de repente mis dos hombrecitos se me vinieron encima buscando sus abrazos y besos y franeleos de antes de irse a la cama. En el revoltijo de cuerpos apretándose y aplastándose, disimulada bajo el tropel, no pude dejar de culear y acabé deliciosamente atrapada entre tantos mimos.

.....

Al otro día, al llegar a la oficina todavía me ardía la parte ultrajada, pero estaba dispuesta a ofrecérselo maltrecho como estaba si insinuaba el deseo de servirse de él. A las diez no aguanté más la espera de su llamada.

-Hola, buenos días –le dije a Paulina al pasar, y enfilé por el pasillo.

-No está –oí que me advertía.

Miré mi reloj. Eran casi y cuarto.

-¿No llegó? –balbuceé desconcertada.

Se quedó mirándome un momento en silencio. Me decía sin palabras que le parecía absurdo que fingiéramos no saber la una de la otra.

-¿No te lo dijo? –preguntó.

-No. ¿Qué? –pregunté, temiendo lo peor.

-Ya no viene. Terminó su trabajo.

Me costaba integrar la idea. Después del estupor me pregunté por qué decírselo a ella y no a mí. Quizá lo sabía simplemente porque trabajaba en el sexto. Quizá quería fingir su primacía en la agenda de Ferrán.

-¿No te lo dijo? –insistió.

-No.

-Entonces a lo mejor a vos va a seguir viéndote... -dijo, con voz inesperadamente aterciopelada, acercándose lentamente hasta quedar muy cerca de mí-. Vos sos ciertamente alguien especial...

Fue como si de repente el suelo que pisaba se hubiera inclinado. Me pareció que perdía pie. A punto estuve de empujarla y huir, o de abrazarla para no caerme. Quizá vio que vacilaba mi verticalidad, porque pasó un brazo por mi cintura y me atrajo apoyándose contra su cuerpo, tanto que su aliento rozó mis labios.

-Vos también sos especial... -me oí decir, para mi sorpresa.

También ella, con esa boquita pintada que rozaba la mía, había tenido el privilegio de mamar de la verga de Duilio Ferrán. También a ella le habría forzado el culito. Mi mano se apoyó sobre sus nalgas, como si experimentara yo el deseo de hurgárselo por encima de la ropa, como vi que Ferrán lo hacía. Deslicé la mano nalgas abajo y ella apoyó sus labios sobre los míos, delicadamente. Evidentemente aquello no era real, no sólo era increíble, era además imposible. Estaba soñando intensamente, como suele sucederme minutos antes de que suene el despertador. Hurgué con los dedos buscando el puerto escondido y su lengua se insinuó entre mis labios. Llegué a él, lo toqué, lo presioné. Paulina gimió suavemente y su aliento acarició mis labios. Entonces, en el silencio de las oficinas aún desiertas, oímos que el ascensor se ponía en marcha. Nos separamos. Paulina sonrió.

-La mesa está servida. Y no veo más que manjares –recitó, retórica, y después, urgiéndome-: Por la escalera, rápido.

Así pues, Duilio Ferrán se había ido y ya no volvería. De pronto, como una gota de lucidez en la confusión de mi mente, como un soplo de brisa en la densa niebla, comprendí de una manera extraña, profunda y liberadora, que así debía ser, que no podía pretender el privilegio insólito, impensable, de tenerlo para mí por siempre jamás. Me tocó lo que me tocó, tuve mi parte y no debía sino estar agradecida porque hubo para mí al menos esa partecita. Me queda el tesoro de la memoria, de haber vivido lo con él vivido. Esplendor suficiente como para iluminar toda una vida. Y me queda rastrear su huella, su fantasma en los cuerpos de Paulina y Ricardo... y quizá también en los cuerpos de otros que también lo tuvieron. Y me queda ser él, convertirme en él,

practicar la imitación de Duilio Ferrán, encarando mi deseo como él encaró el suyo al apoyar dulcemente su verga erecta contra mi brazo en muda e irresistible oferta aquella mañana. Respiré hondo. Aunque la mañana estaba muy fresca abrí la ventana para que su fantasma me llevara a donde estuviera él. Con eso me bastaría. Me sentía libre y fuerte, adueñándome de mi vida de manera mucho más profunda. Claro está que hubiera preferido que se despidiera de mí, pero lo comprendo. No creo que tenga a menudo escalas tan intensas como la que vivió conmigo. Seguramente que pensó que si encaraba el adiós iba padecer duramente la despedida. Quizá experimentaría el deseo de quedarse conmigo para siempre. Me arrojé en esa ilusión. Mejor, pues, así.

.....

Todo me parecía perfecto así. Su partida, así comprendida, me parecía, paradójicamente, el bálsamo natural para el dolor de su ausencia, de ya no tenerlo. Con Paulina y Ricardo en tanto supervivientes de una experiencia extraordinaria, formaríamos el núcleo de una especie de culto: el de los devotos a la memoria de la verga de Duilio Ferrán. Nos daríamos, en misas rosadas, aquello de nuestros cuerpos que Duilio hubiera usado preferentemente. Besar a Paulina manoseándole las nalgas como se lo vi hacer me pondría por las nubes, tanto como culear a Ricardo utilizando algún tipo de prótesis mientras Paulina le mama de la verga, como yo lo hice. Estas misas nostálgicas aplacarían poco a poco el deseo y el dolor. Paulina, que se hizo un selfie con Duilio, y que sabe usar el Photoshop pondría mi rostro en lugar del suyo, y también el de Ricardo, de manera que los tres contaríamos con un recuerdo tan sagrado como falso de aquellos días maravillosos. Luego el tiempo iría diluyéndolo todo. Cada uno seguiría con su vida. Yo con mis chicos creciendo. Y con la casa en el balneario todos los fines de semana, tanto en verano como en invierno. Paulina se casaría, a saber si con un hombre o con una mujer. Misma duda para Ricardo. Y en realidad, sin necesidad de preguntárnoslo, sabíamos que llegaría inevitablemente el momento en que ya no querríamos saber más nada de él. Cuyo cabello ya sería blanco. Sus años de Bestia, de depredador de oficinas, ya habrían pasado. Quizá ni siquiera se habría enterado de que en cada oficina en que realizó sus benditas auditorías un grupo de veteranos celebraba, ya con mucha moderación, la memoria de los días con él compartidos. Lo emocionaría seguramente saberlo. Y así me parecía perfecto, pensaba esa noche antes de dormirme, tratando de proyectarme en un futuro sin Duilio Ferrán.

Pero el día siguiente fue de absoluta tortura, desde que me desperté hasta que me dormí. “No es posible que ya no vaya a verte nunca más” me repetía incansablemente, como si fuera un mantra, y como si Duilio Ferrán se hubiera muerto. Estuve todo el día en un estado febril caracterizado por los pezones duros y la concha empapada. A media tarde Raúl pasó a buscarme. En el Colegio de los chicos se festejaba la llegada de la Primavera y mis retoños tenían papeles protagónicos de canto y de baile. Imposible faltar, pero no me fui hasta que Paulina me aseguró que nadie esperaba que Ferrán pasara a saludar ni a nada esa tarde. Antes de salir me hice una paja en el baño murmurando mi plegaria: “No es posible que ya no vaya a verte nunca más”. Suavizó un poco mi padecer ver a Martín disfrazado de feriante, con un canasto de frutas de papel, ofreciéndoselas al público con un cantito, y ver a Mariano, con un sombrero de paja y un bigotito de seductor zumbándole cosas al oído a las muchachas, como un picaflor. Cenamos fuera para celebrar las excelentes calificaciones de ambos en el segundo carnet. Para cuando Raúl vino a acostarse, muy mimoso, me hice la dormida. Realmente no podía con el sentimiento de desazón, de puro vacío que me había calado primero el cuerpo pero ya después, también el alma.

Soñé que estaba sentada, desnuda, sobre un piso de baldosas blancas. Duilio Ferrán se acercaba, de traje y corbata, como siempre, abría la bragueta del pantalón, sacaba el miembro, dormido, y me meaba encima, en la cara y en las tetas, cosa que me producía una especie de alegría loca, como cuando en el calorón del verano alguien nos baña con una manguera. El chorro de Ferrán era poderoso, me obligaba a cerrar los ojos, e interminable. Juntaba los pezones para que los bañara. Su orina no era límpida e incolora como la de un niño, sino densa y olorosa, como la de Raúl, que deja el baño con tal olor que tengo que recordarle cada tanto que tome más agua, y que eche desodorante de ambiente. Debo de haberme retorcido en la cama como una serpiente, porque en medio de la noche Raúl me despertó para preguntarme si estaba bien. Al volver a dormirme traté de reconectarme con el sueño pero no pude.

.....

Me levanté de la cama sintiéndome peor que al acostarme. Directamente con ganas de llorar. Yo, que siempre encaré el laburo con la mejor actitud, no quería ni pisar la oficina. Sin la inminencia de sus locas exigencias aquel lugar me parecía el más inhóspito del mundo. Entonces sucedió lo imposible. Sonó el teléfono. En casa el

teléfono jamás suena a las siete y media de la mañana. Raúl estaba en el baño y los chicos se vestían en sus cuartos. Me levanté y atendí. El mundo explotó en mi oído.

-Oigo -dije, y él habló, y luego yo no fui capaz ni de decirle “Gracias”.

¿Qué dijo? Dijo, con su voz más pastosa, que debe de ser la de tempranito en la mañana, cuando está medio dormido todavía:

-No estés invocando mi santo nombre en vano, mirá que se te podría llegar a conceder lo que pedís.

Después, como no fui capaz de decir palabra, cortó. Demasiada tensión. Había sido demasiada tensión. La cara se me contrajo y los ojos se me llenaron de lágrimas.

-¿Quién era? -preguntó Raúl entreabriendo la puerta del baño.

-Equivocado -canté.

Me sequé las lágrimas. De pronto el mundo volvía a ser maravilloso, y me sentía livianita como una gimnasta olímpica, y con hambre. Y con ganas de preparar para todos un magnífico desayuno. Y ansiosa por llegar a mi bendita oficina, Templo del Deseo, en el que ahora sabía que, a alguna hora, alguna de las formas de su Divina Presencia, habría de materializarse.

.....

¿Cuánto tiempo puede seguir fingiéndose la normalidad cuando se ha caído en el más completo descontrol? Estaba hecha un trapo y luego, a los pocos minutos, estaba tan chispeante como el hada Campanita. ¿Qué pensarían de mí mis hombreritos que estaban acostumbrados desde siempre a una esposa y madre que era el paradigma mismo de la moderación veinticuatro horas al día todos los días de la semana y todas las semanas del año? Nada malo por ahora, calculaba. Pero la sucesión de los cimbronazos a la larga generaría inquietud y desasosiego. Tenía que conseguir algún tipo de ancla. Pero era inútil que me prometiera más calma cuando estaba en una montaña rusa de puros rulos y caídas verticales, peor que las que hacían suspirar a los niños en la publicidad de Disneylandia.

¿Pensaba acaso, al dejar mis cosas en mi rincón y enfilar hacia las escaleras, en cómo zafar del círculo mágico en que me tenían las artes y partes de Duilio Ferrán? Para nada.

Sólo pensaba en caer de rodillas a sus pies para darle el gusto que me exigía sin palabras, tributo de sumisión que, realizado con total devoción y cuidados, haría de mí la depositaria, donde yo la pidiese, de la Hostia Líquida, de la porción de Absoluto que llegaba a mí a través de su cuerpo, pero que en realidad me era bajada desde mucho Más Allá, desde la Eternidad misma, lugar en el que el mundo entero y sus nimiedades desaparecen y quedamos cara a cara con la ausencia total de dudas y temores, con nosotros mismos en tanto molécula del Glorioso Magma finalmente reintegrada al Gran Todo. Así de exaltada o loca volaba mi mente mientras mis pies, ultra-veloces, martilleaban los escalones acercándome al sancta sanctorum.

Paulina no estaba aun en su nicho de recepcionista. Creo que ese día yo era la única que había llegado en hora a la gran colmena burocrática. Yo... y él. “Yo y él” me repetía, enfilando vertiginosamente por el corredor hacia su puerta. Irrumpí como si llegara para salvarle la vida. Me esperaba con los brazos abiertos –literalmente-, como si hubiera oído mis pasos en la mullida moquette del corredor. Me lancé en sus brazos como quien se zambulle en la Eternidad. Dejándolo devorarme lo devoraba, y, feliz como sólo se puede serlo en la perfección, me parecía que nos hurgábamos mutuamente en busca del elixir sin el cual la vida no vale nada. Tenía en la boca sabor a café y a cigarrillo. Aplacada la furia de los labios, nos miramos. Me miraba con su sonrisa de ojos pícaros y cejas arqueadas.

-¿Qué ves? -le pregunté.

-¿Qué querés que vea?

-Ansiedad –le dije, con la convicción de un converso, que cree que hay momentos en los que las palabras sí dicen lo que queremos decir.

Seguía mirándome con su cara de desconcierto juguetón. Duilio Ferrán tiene cara de estar disfrutando de la happy hour. Esa es su expresión habitual.

-¿Tenés algo con que calmar la ansiedad? –insistí.

-Quizá una copita de cognac... -payaseó.

Pero ya sus dedos estaban bajando el cierre del pantalón y hurgaban entre la ropa blanca y tironeaban para sacar a la intemperie la verga, torpe de tan tiesa y de tan impaciente.

-¿O qué tal un poco de esto? –ronroneó.

Desaparece él, mero soporte, al comparecer Su Majestad. Ansiosa, sí, pero quizá menos que en veces anteriores, quizá porque sabía que ya todo había terminado y que esto no era más que un bonus, una yapa, me dispuse a jugar con él, a conocerlo mejor, como los que se han conocido en la noche de la pasión y se exploran con curiosidad en la primera mañana juntos. Recorriéndole con la mano el tallo, descapotándola, oprimiéndola para abrirle la boquita pensaba que de aquí en más su verga robusta, levemente curvada y cabezona sería en mi mente, consciente o inconscientemente, la medida justa de la belleza en la materia. La boquita me dio a beber su lágrima cristalina. Ferrán me miraba con una cosa de dulzura en la mirada, como se contempla en la soledad los recuerdos bellos. Extraje de entre la ropa a los compañeros. Los responsables de la enorme cantidad de semen denso con que la Bestia era capaz de salpicar al Mundo. Los abarqué uno tras otro con la boca para chuparlos dulcemente. La lengua le asomaba a Ferrán entre los labios y se babeaba. Sí, su verga era la medida justa de la belleza en la materia. Decidí llevármela para siempre conmigo. Pero no de la manera brutal. Lentamente, sin apuro, segura de que no opondría resistencia, saqué del bolsillo el celular, lo encendí, lo puse en modo cámara fotográfica, encuadré la verga y disparé. Ahí estaba la verga de Duilio Ferrán, imponente, tomada desde abajo, desde donde yo la encaraba al rendirle tributo. Me miró hacer sin inmutarse, como asumiendo el carácter de reliquia sagrada de su miembro y la necesidad que experimentaban sus fieles de tener un recuerdito.

-Encuadrá sólo la pija –fue todo lo que dijo.

Al verme guardar el celular, tomándola por el tallo y apuntándola hacia mí con la cabezota desnuda, me la ofreció. Dejé que se deslizara en mi boca tanto largo como pude tomarla.

-Hija de... mi alma... -payaseó ronroneando dulcemente al sentir la dócil suavidad de la funda en que deslizaba el miembro, y rodeó mi nuca con las palmas de sus manos.

Me miré en sus ojos. Mi cabeza en sus manos, mi cara penetrada por su verga, mi boca llena de su carne, sus ojos, su expresión, como de bestia embotada, a la vez aletargada y amenazante. Leyó en mi mirada que podía hacer conmigo lo que quisiera. Entonces, alevosamente, presionó sobre mi nuca, clavándome la verga en la garganta.

Me estremecí y arcadas tremendas me sacudieron, pero me esforcé por permanecer firme, y sobre todo, por evitar morderlo. Respiraba dificultosamente por la nariz, pero mi mirada le decía que siguiera adelante, que si lo que quería era acabarme directamente en el esófago, podía hacerlo, y si lo que quería era acabarme directamente en el estómago, también podía hacerlo. Satisfecho retiró la presión, desobturando mi garganta. Atragantada de saliva tosí y me babeé. ¿Pensaba que había llegado el momento de ponerle algún límite a su manipulación grosera y brutal de mi persona física? Para nada. Pensaba que después de sacarle hasta la última gota de leche le pediría que me meara encima. Pasara lo que pasara. Así el escándalo fuera mayúsculo. Aunque en realidad sabía que no habría escándalo. Porque Duilio Ferrán era todopoderoso. Caía siempre parado, como los gatos. Entrelacé mis dedos con los suyos. Ambas manos. Como los muy enamorados. Y mamando, cabeceando lentamente, pajeándolo con mis labios, lamiéndolo con todo el mimo de que soy capaz, lo fui empujando despacito hasta el extremo del trampolín.

-Déjame a mí -ronroneó entonces.

Tomando la verga por el tallo apoyó la boquita desnuda contra mis labios y sobre ellos soltó lenta y pesadamente un gran goterón de semen, tan denso que pegado a mi piel no respondía a las leyes de la gravedad. Retiró la verga, jadeaba con fuerza. La aplicó entonces sobre mi mejilla y allí descargó otra gran gota ambarina. Parecía estar realizando una ceremonia, o decorando una torta. Cerré los ojos y respiré hondo el olor de su semen. El olor penetró en mí y me llenó, y me caló hasta el alma. Aquel era el perfume del magma primigenio, si es que jamás hubo uno. Apoyó la verga sobre la otra mejilla y dejó allí pegado otro goterón. Me dejé llevar por el dulce mareo y empecé a acariciarme la entrepierna, le canté las maravillas con mi voz más dulce, el espasmo me lanzó a volar sobre un mundo de vertiginoso ensueño.

Me despertó el roce de su pañuelo sobre mi piel secándome el semen. Mi amo hace en mí maravillas. ¿Cómo puede tener tanto semen? ¿Cuántas veces lo vierte por día? No debiera de salirle más que un agüita mansa, incolora, inodora e insípida. Y aún así... Pero ¿cómo siempre sale esta crema densa, blanca y perfumada? Fuente inagotable de delicias es mi amo. Tenía aun a la intemperie el animalito, a medias tumefacto todavía. Lo tomé, me lo puse en la boca y mamé amorosamente una última gota imaginaria. No hay en él tal última gota.

-Si alimentándote con cuentagotas quedás así –arguyó, con su sonrisa de payaso haragán y lúbrico, mientras guardaba el gusano adormilado-, imaginate cómo quedarías con una semana de convivencia total.

-Sos un payaso –opiné poniéndome en pié y sintiéndome llena de luz y ligera como un ángel.

Lo abracé por la cintura. Suspiró y me abrazó también. Sentí que me derretía, que me diluía en su ser.

-Contratame como secretaria –musité-. Te prometo hacerte feliz todos los días a primera hora de la mañana.

-No es mala idea –ronroneó, y apretándome por un instante con más fuerza, desapareció.

Simplemente desapareció en el aire. Yo, que estaba totalmente abandonada contra su pecho, al desaparecer su cuerpo me tambaleé, a punto de irme de bruces.

-¡Ah! –solté, maravillada-. ¡Sólo eso te faltaba, el don de la ubicuidad, estar y no estar, en todas partes y en ninguna!

Tal algarabía me produjo la desaparición en el aire de Duilio Ferrán. Como si tal acto confirmara la superioridad absoluta de mi héroe. Me puse a girar en una danza espontánea, batiendo palmas.

-¡Sólo eso te faltaba! –me repetía embelesada.

Salí de la oficina de Ferrán en alas de un viento etéreo. Paulina estaba en la recepción. No le diría nada. Este era un regalo de Duilio Ferrán exclusivo para mí. Aunque quizá todos lo recibían y lo ocultaban. No me importaba, prefería pensar que era para mí en exclusiva.

-Hola ¿estabas ahí? –preguntó sorprendida.

-Hola, Paulina.

-No me digas que ya lo extrañas.

-No me digas que vos no.

A Paulina evidentemente la desconcertaba la sonrisa beatífica que me llenaba la cara, y que hablaba por mí. Se me acercó y me tomó las manos.

-El camino de su ausencia es un camino que podemos recorrer juntas –dijo, desde ya acólita perfecta, y rozó mis labios con los suyos.

-Y con Ricardo ¿no? –propuse, tan relajada como para no negarme a nada.

-Y con Ricardo –coincidió Paulina, y chupeteó delicadamente mi labio inferior.

Paulina estaba enamorada. Me ofrecía su amor. Me pareció algo nuevo, extraño y maravilloso.

-Pero hoy no, Paulina –le dije, devolviéndole el beso y a la vez poniendo mis manos sobre sus hombros para separarla delicadamente-: Hoy no. Mañana.
